





EN LA MENTE DE UN PERRO



Alexandra Horowitz

EN LA MENTE DE UN PERRO

Lo que los perros ven, huelen y saben

Traducción de Roc Filella Escolà



EL *UMWELT*: EL PUNTO DE OLFATO DEL PERRO

Esta mañana me ha despertado Pump, que ha saltado a mi cama y ha empezado a olisquearme enérgicamente a muy escasa distancia, con sus bigotes rozándome los labios, para ver si estaba despierta o viva o lo que fuera. Su entusiasmo ha culminado con un sonoro estornudo ante mi cara. He abierto los ojos y me miraba, sonriente, y me ha saludado jadeante.

Observemos un perro. Vamos, fijémonos en él: quizás el que está a nuestro lado en este mismo momento, enrollado alrededor de sus patas recogidas sobre una alfombra, o tendido de lado en el suelo, con las patas revoloteando por la pradera de su sueño. Mirémoslo bien y olvidémonos ahora de todo lo que sabemos sobre este perro o sobre cualquier otro.

Admito que es una proposición ridícula: realmente no espero que podamos olvidar con facilidad su nombre ni la comida que más le gusta, ni el perfil único de nuestro perro, ni mucho menos todo lo referente a él. Equiparo este ejercicio al de pedir al neófito en la meditación que entre en el *satori*, el estado superior, al primer intento: probémoslo y veamos hasta dónde llegamos. La ciencia, en su búsqueda de la objetividad, exige que uno adquiera conciencia de los prejuicios anteriores y de la perspectiva personal. Al mirar los perros a través del cristal de la ciencia, nos encontraremos con que parte de lo que creemos saber sobre ellos está completamente comprobado; en cambio, otras cosas que parecen manifiestamente verdaderas, después de un examen más minucioso son más dudosas de lo que pensábamos. Y al contemplar nuestros perros desde otra perspectiva —desde la perspectiva del perro— podemos ver cosas nuevas que normalmente no se les hacen evidentes a quienes están lastrados por el cerebro humano. De modo que la mejor

forma de empezar a comprender a los perros es olvidar lo que pensamos que sabemos.

Lo primero que hay que olvidar es cualquier tipo de antropomorfismo. Vemos e imaginamos el comportamiento del perro y hablamos de él desde una perspectiva humana sesgada, e imponemos a esas vellosas criaturas nuestros sentimientos y pensamientos. *Es evidente*, diremos, que los perros aman y desean; es evidente que sueñan y piensan; también nos conocen y comprenden, se aburren, son celosos y se deprimen. ¿Qué otra explicación más natural se podría dar del perro que se nos queda mirando con pesar cuando salimos de casa para ir a trabajar, que la de su depresión por vernos partir?

La respuesta es: una explicación basada en lo que los perros realmente tienen capacidad de sentir, saber y comprender. Utilizamos estas palabras, estos antropomorfismos, para ayudarnos a comprender la conducta de los perros. Naturalmente, albergamos unos prejuicios internos hacia las experiencias humanas que nos llevan a entender las experiencias de los animales sólo en la medida en que coinciden con las nuestras. Recordamos historias que confirman nuestras descripciones de los animales y olvidamos cómodamente las que no muestran tal coincidencia. Y no dudamos en afirmar «datos» sobre simios, perros, elefantes o cualquier otro animal sin disponer de unas pruebas adecuadas. Para muchos de nosotros, nuestra interacción con los animales que no son mascotas empieza y termina en lo que vemos en el zoo o en programas de televisión. La cantidad de información útil de este tipo de observación que podemos vislumbrar es limitada: un encuentro tan pasivo desvela menos aún de lo que obtenemos al mirar de soslayo a la ventana del vecino mientras paseamos junto a su casa.¹ Al menos, el vecino es de nuestra misma especie.

1. Así lo vi claramente cierto día que recopilaba datos sobre el comportamiento de los rinocerontes blancos. En el Wild Animal Park son los animales quienes deambulan con (relativa) libertad, y los visitantes quedan relegados a los trenes que avanzan entre los grandes cercamientos. Me encontraba en una estrecha franja de césped entre el sendero y la valla, observando un día típico de socialización del rinoceronte. Cuando se acercaban los trenes, los rinocerontes dejaban lo que estaban

Los antropomorfismos no son inherentemente odiosos. Nacen de los intentos por comprender el mundo, no para subvertirlo. Nuestros ancestros humanos recurrían de forma regular a la antropomorfización en su empeño por explicar y prever la conducta de otros animales, incluidos aquellos de los que se querían alimentar o aquellos que se los querían comer a ellos. Imaginemos que nos encontramos con un extraño jaguar de ojos brillantes al anochecer en la selva, y le miramos fijamente a los ojos, que a su vez nos contemplan sin parpadear. En ese momento, probablemente lo adecuado sería meditar un poco sobre lo que pensaríamos «si fuéramos el jaguar», una reflexión que nos impulsaría a alejarnos corriendo. Los humanos perduraron: lo que acabamos por atribuir a los animales tuvo, cuanto menos, cierto grado de verdad.

Lo habitual, sin embargo, es que ya no nos encontremos en la situación de tener que imaginar los deseos del jaguar a tiempo para escapar de sus garras. En cambio, metemos los animales en casa para que pasen a formar parte de la familia. Para tal fin, el antropomorfismo no nos puede ayudar a integrar esos animales en nuestro hogar, ni a tener con ellos una relación más fluida y completa. Esto no significa que siempre nos equivoquemos en lo que atribuimos a los animales: tal vez sea verdad que nuestro perro está triste, celoso, inquisitivo o deprimido, o que le apetece un sándwich de mantequilla de cacahuete. Pero es casi seguro que no tiene justificación hablar, digamos, de *depresión* por las pruebas de que disponemos: unos ojos llorosos, un sonoro suspiro. Nuestras proyecciones sobre los animales normalmente se empobrecen, o están completamente fuera de lugar. Podemos pensar que un animal es feliz cuando vemos que levanta las comisuras de los labios; pero esta «sonrisa» puede ser engañosa. En los delfines, la sonrisa es una

haciendo y se iban rápidamente a formar un grupo defensivo: con sus respectivas ancas tocándose y un repentino rayo de luz reflejándose en sus cabezas. Los rinocerontes son pacíficos, pero por su deficiente visión se desconciertan si no huelen a quien se acerque, y confían mutuamente en su actitud vigilante. El tren se detenía y todo el mundo se quedaba boquiabierto ante los rinocerontes que, como anunciaba el guía, «no hacían nada». Después, el tren reanudaba la marcha y los rinocerontes retomaban su comportamiento habitual.

característica fisiológica fija, inmutable como la lisonjera sonrisa pintada en la cara del payaso. Entre los chimpancés, lo que parece una sonrisa es signo de miedo o sumisión, lo más opuesto a la felicidad. Asimismo, la persona puede levantar las cejas cuando se sorprende, pero en el mono capuchino el mismo gesto no indica sorpresa, ni manifiesta escepticismo o alarma: advierte a los monos de su alrededor de que sus intenciones son amistosas. En cambio, entre los babuinos la ceja levantada puede significar una amenaza deliberada (lección: cuidado con el mono al que mostremos las cejas enarcadas). Nuestra responsabilidad es confirmar o refutar lo que afirmamos sobre los animales.

Deducir de unos ojos llorosos que existe una depresión puede parecer algo bondadoso, pero sucede a menudo que en el antropomorfismo lo bondadoso se convierte en dañino. En algunos casos, incluso pone en riesgo el bienestar del animal en cuestión. Si al perro le suministramos antidepresivos por la interpretación que hacemos de su mirada, debemos estar seguros de lo que deducimos. Cuando presumimos que sabemos qué es lo mejor para un animal, extrapolando lo que es mejor para nosotros u otra persona, es posible que inadvertidamente actuemos en contra de lo que nos proponemos. Por ejemplo, en los últimos años se ha hablado mucho de lo que hay que hacer para mejorar el bienestar de los animales que se crían para la alimentación humana, como que los pollos puedan salir al aire libre o que tengan sitio para moverse en sus recintos. Aunque el final del pollo resulte el mismo —ser la cena de cualquiera—, cada vez es mayor el interés por el bienestar de los animales antes de ser sacrificados.

Pero ¿desean moverse libremente? Según la sabiduría popular, a nadie, humano o no, le *gusta* estar apretujado entre otros. Parece que los hechos lo confirman: ante la posibilidad de elegir entre subir a un vagón del metro repleto de viajeros sudorosos y estresados o a otro con sólo unas cuantas personas, optamos por el segundo sin pensarlo (considerando, por supuesto, que pueda haber también alguna otra razón —una persona que huela especialmente mal o un fallo en la refrigeración— que explique esa distribución). En cambio, la conducta natural de los pollos indica

todo lo contrario: se apiñan. No se separan del grupo por propia iniciativa.

Los biólogos realizaron un sencillo experimento para verificar cómo prefieren estar los pollos: tomaron unos cuantos de ellos, los ubicaron aleatoriamente en sus recintos y observaron lo que hacían a continuación. El resultado fue que la mayoría de los pollos se acercaban más a los demás, no se alejaban de ellos, ni siquiera cuando había suficiente espacio. Ante la posibilidad de un espacio donde desplegar las alas... escogían ese vagón abarrotado.

Esto no quiere decir que a los pollos *les guste* estar apretujados en una jaula, ni que una vida así les sea cómoda. Es inhumano encerrarlos tan juntos que no se puedan mover. Lo que esto significa es que dar por supuesta una semejanza entre las preferencias del pollo y las nuestras no es la forma de saber lo que realmente prefieren estos animales. No es casual que se sacrifique a estos pollos antes de cumplir seis semanas; a esta edad, nuestros polluelos se siguen alimentando de sus madres. Privado de la capacidad de volar, el pollo de granja corre a juntarse con otros pollos.

CÓGEME EL IMPERMEABLE, POR FAVOR

¿Nuestras tendencias antropomórficas nos conducen a fallos tan garrafales en el caso de los perros? Sin duda. Tomemos como ejemplo el impermeable. En la fabricación y compra de esos chubasqueros diminutos, graciosos y de cuatro mangas para perros, se dan por supuestas varias cosas interesantes. Dejemos a un lado la cuestión de si el perro prefiere el de color amarillo claro, uno de cuadros u otro con motivos caninos y felinos bajo un aguacero (*evidentemente* prefiere los perros y gatos). Muchos amos de perros que los visten con impermeables lo hacen con la mejor intención: han observado, por ejemplo, que el perro se resiste a salir de casa cuando llueve. Parece razonable concluir de esta observación que al perro *no le gusta* la lluvia.

No le gusta la lluvia. ¿Qué se quiere decir con esto? Que necesariamente le disgusta *que la lluvia le caiga sobre el cuerpo*, como nos

ocurre a la mayoría de nosotros. Pero ¿es una deducción razonable? En este caso, parece que el propio perro da muchas pruebas de que así es. ¿Se ilusiona y mueve la cola cuando le ponemos el impermeable? Se diría que tal reacción avala dicho supuesto... o, si no, la conclusión de que se da cuenta de que la presencia del chubasquero es señal de un paseo largamente esperado. ¿Huye del impermeable? ¿Agacha la cabeza y mete la cola entre las patas? Si así fuera, el anterior supuesto perdería consistencia, aunque no quedaría desmentido por completo. ¿Parece desaliñado cuando se moja? ¿Se sacude el agua con vehemencia? Eso ni confirma ni desmiente la suposición. El perro se muestra un tanto inescrutable.

En este caso, el comportamiento natural de caninos salvajes afines ofrece la mejor información sobre lo que el perro pueda pensar del impermeable. Tanto los perros como los lobos llevan sus propios impermeables puestos de forma permanente, sin duda. Y basta con uno: cuando llueve, es posible que los lobos busquen cobijo, pero no se cubren con ningún material que les ofrezca la naturaleza. Y esta conducta no avala la necesidad del impermeable ni el interés por él. Por otro lado, el chubasquero, además de prenda de abrigo, también es algo distintivo: un manto ajustado, incluso opresivo, que cubre el tronco y el pecho del perro, y en algunos casos también la cabeza. *Hay* ocasiones en que los lobos sienten presión sobre la espalda o la cabeza: es cuando están dominados por otro lobo, o cuando otro lobo o familiar de mayor edad los regaña. Los dominantes suelen inmovilizar a los subordinados por el hocico. Es lo que se denomina mordida del hocico y explica, quizá, por qué los perros con bozal a veces parecen tan apagados. Y el perro que «vigila» a otro perro impone su dominio. En esta disposición, el perro subordinado siente en el cuerpo la presión del dominante. Podría ser que el impermeable produzca también esta sensación. Así, lo que se experimenta ante todo al llevarlo puesto no es un sentimiento de protección contra la lluvia; al contrario, el impermeable produce la incómoda sensación de que alguien de mayor rango está cerca.

La conducta de la mayoría de los perros cuando sienten que se les pone el impermeable confirma esta interpretación: se quedan cla-

vados en el suelo porque se sienten «dominados». El mismo comportamiento se observa cuando el perro que se resiste al baño de repente deja de batallar al sentirse completamente empapado o cubierto con una toalla pesada y mojada. Es posible que el perro al que se va a vestir colabore en los preparativos para el paseo, pero no porque haya demostrado que le gusta el impermeable; lo hace porque ha sido sometido,² No se mojará, pero quienes nos preocupamos por que así sea somos nosotros, no el perro. Para evitar este tipo de paso en falso hay que sustituir nuestro instinto de antropomorfización por un instinto de interpretación de la conducta. En la mayoría de los casos es muy sencillo: debemos preguntar al perro qué quiere. Lo único que hay que saber es interpretar su respuesta.

CÓMO VE EL MUNDO LA GARRAPATA

Ésta es la primera herramienta para obtener esa respuesta: imaginar el punto de vista del perro. Jakob von Uexküll, biólogo alemán de principios del siglo xx, dio un giro al estudio científico de los animales. Lo que proponía era revolucionario: quien quiera entender la vida del animal debe empezar por lo que él llamó su *Umwelt* (pronunciado *Um-velt*): su mundo subjetivo o «automundo». El *Umwelt* expresa cómo es la vida *para* el animal. Pensemos, por ejemplo, en la humilde garrapata de patas negras (*Ixodes scapularis*). Quien se haya pasado un buen rato acariciando de forma va-

2. Esto es similar a lo que los científicos conductistas descubrieron a mediados del siglo pasado al someter a perros de laboratorio a una descarga eléctrica de la que no podían escapar. Luego, al ponerlos en una habitación en la que se podía ver perfectamente por dónde se podía huir, y sometidos de nuevo a la misma descarga, esos perros mostraban una *impotencia aprendida*: no intentaban huir para evitar la descarga. Al contrario, se quedaban paralizados, al parecer resignados a su suerte. Lo que los investigadores hacían era, en esencia, adiestrar a los perros para que fueran sumisos y aceptaran su falta de control de la situación. (Después los obligaban a desaprender esa reacción y librarse de la descarga.) Afortunadamente, han pasado ya los tiempos en que, para averiguar cuáles eran las reacciones de los perros, se los sometía a descargas eléctricas.

cilante el cuerpo del perro en busca de esa reveladora cabeza de alfiler que indica la presencia de una garrapata ahíta de sangre, tal vez haya pensado ya en las garrapatas. Lo más probable es que el lector considere que las garrapatas son una plaga y sanseacabó. Apenas si se las puede considerar animales. Von Uexküll, en cambio, reflexionaba sobre cómo vería el tema la propia garrapata.

Repasemos un poco: las garrapatas son parásitos. Miembros de la familia de los arácnidos, una clase que incluye arañas e insectos, tienen cuatro pares de patas, un tipo de cuerpo simple y unas fuertes mandíbulas. Miles de generaciones de evolución han reducido su vida a lo más elemental: nacer, aparearse, comer y morir. Nacen sin patas ni órganos sexuales, que desarrollan en seguida, copulan y trepan hasta alcanzar un buen punto estratégico, por ejemplo una hoja de césped. Aquí es donde su historia se hace asombrosa. De todas las vistas, sonidos y olores del mundo, la garrapata adulta sólo aguarda una cosa. No mira a su alrededor: las garrapatas son ciegas. Ningún sonido la inquieta: los sonidos son irrelevantes para lo que se propone. Sólo espera que le llegue un olor muy concreto: un tufillo de ácido butírico, un ácido graso que emiten las criaturas de sangre caliente (las personas a veces lo percibimos en el sudor). Puede estar aguardando un día, un mes o una docena de años. Pero en cuanto le llega el olor del que está pendiente, se lanza desde su posición. A continuación entra en escena una segunda capacidad sensorial. Como la piel de la garrapata es fotosensible y puede detectar el calor, el insecto se dirige hacia él. Si tiene suerte, ese olor cálido a sudor es el de un animal, al que la garrapata se agarra para tomarse su ración de sangre. Después de alimentarse una sola vez, se cae, pone sus huevos y muere.

Lo que esta historia revela es que el automundo de la garrapata es distinto del nuestro en una inimaginable diversidad de sentidos: lo que siente o quiere; los objetivos que se fija. Para la garrapata, la complejidad de las personas se reduce a dos estímulos: el olor y el calor, en los que concentra toda su atención. Si queremos entender la vida de cualquier animal, debemos saber qué cosas son significativas para él. La primera forma de descubrirlo es determinar qué puede percibir el animal: qué puede ver, oír, oler o advertir con

cualquier otro sentido. Para el animal, sólo tienen sentido los objetos que puede percibir; los demás ni siquiera los nota o le parecen todos iguales. ¿El aire que corre entre la hierba? Irrelevante para la garrapata. ¿Los sonidos de una fiesta de cumpleaños de algún niño? No aparecen en su radar. ¿Los deliciosos trocitos de la tarta que han quedado en el suelo? La dejan fría.

En segundo lugar, ¿cómo actúa el animal en el mundo? La garrapata se apareja, espera, cae y se alimenta. Así que para ella los objetos del universo se dividen en garrapatas y no garrapatas; cosas que pueden o no pueden aguardarse; superficies sobre las que se puede o no caer, y sustancias de las que puede o no alimentarse.

Así pues, estos dos componentes —la percepción y la acción— definen y delimitan en gran medida el mundo de todo ser vivo. Todos los animales tienen su propio *Umwelt*: sus propias realidades subjetivas, lo que Uexküll imaginaba como «pompas de jabón» en cuyo interior quedaban apresados para siempre. También los humanos estamos encerrados en nuestras burbujas. En cada uno de nuestros automundos, por ejemplo, estamos muy atentos al lugar donde están las demás personas y a lo que dicen o hacen. (Pensemos, como contraste, en la indiferencia de la garrapata respecto a nuestros monólogos más emotivos.) Vemos dentro del campo visual con luz, oímos los ruidos audibles y olemos los olores fuertes que se encuentran cerca de nuestra nariz. Sobre esto, cada persona crea su propio *Umwelt* personal, lleno de objetos de especial significado para ella. La mejor forma de verlo es dejarnos guiar en una ciudad desconocida por una persona que haya nacido y viva en ella. Nos conducirá por un itinerario que a ella le resulta obvio y que a nosotros, en cambio, nos es invisible. Pero ambos compartimos las mismas cosas: no es probable que uno u otro nos detengamos a escuchar el grito ultrasónico de un murciélago de los alrededores; ninguno de los dos olemos lo que el hombre que pasa por nuestro lado cenó anoche (a menos que tomara mucho ajo). Nosotros, las garrapatas y todos los demás animales encajamos en nuestro respectivo medio: somos bombardeados por estímulos, pero sólo unos pocos son significativos para nosotros.

Así pues, los diferentes animales verán un mismo objeto (o, me-

jor, lo *sentirán*, pues algunos animales no ven bien o no ven) de forma distinta. Una rosa es siempre una rosa. ¿O no? Para una persona es un determinado tipo de flor, un regalo para los amantes y algo hermoso. Para el escarabajo, la rosa tal vez sea todo un territorio, con lugares donde esconderse (en el reverso de una hoja, invisible para el depredador aéreo), cazar (en la parte superior de la flor, donde crecen las ninfas de la hormiga) y poner los huevos (en el punto en que la hoja se une al tallo). Para el elefante, es una espina imperceptible a sus pies.

Y para el perro ¿qué es una rosa? Como veremos, depende de la interpretación que de ella haga el perro, tanto mediante su cuerpo como en su cerebro. Resulta que, para el perro, la rosa no es ni algo bello ni un mundo en sí mismo. La rosa no se distingue del resto de la materia vegetal que la rodea: a menos que en ella haya orinado otro perro, la haya pisado otro animal o la lleve en la mano el amo del perro. Entonces esa rosa adquiere un vivo interés, ya que para el perro cobra mucha más importancia de la que pueda tener para las personas.

SITUÉMONOS EN EL *UMWELT*

Distinguir los elementos relevantes del mundo del animal —su *Umwelt*— significa, en cierto sentido, convertirse en especialista en ese animal, sea una garrapata, un perro o un ser humano. Y será la herramienta que utilizaremos para resolver el conflicto entre lo que creemos que sabemos sobre los perros y lo que éstos realmente hacen. Pero sin los antropomorfismos dispondríamos de poco vocabulario con el que describir la experiencia percibida por ellos.

La comprensión de la perspectiva del perro —entender sus capacidades, su experiencia y su comunicación— facilita ese vocabulario. Pero no podemos interpretarla simplemente mediante una introspección que parta de nuestro propio *Umwelt*. Las personas no somos grandes olfateadores; para imaginar qué es ser un buen olfateador no basta con que pensemos en ello. Este tipo de ejercicio

de introspección sólo funciona cuando va acompañado de una comprensión de la profunda diferencia que hay entre nuestro *Umwelt* y el de otro animal.

Esta diferencia la podemos vislumbrar si «actuamos en» el *Umwelt* de otro animal, tratando de ponernos en la piel de ese ser vivo —conscientes de las limitaciones que nuestro sistema sensorial impone a nuestra capacidad de hacerlo de verdad—. Pasar una tarde situados a la misma altura que un perro resulta sorprendente. Oler atenta y profundamente (aunque sea con nuestra humilde naricilla) todos los objetos con que nos encontramos a lo largo del día da una nueva dimensión a cosas que nos eran familiares. Mientras lee esto, intente el lector prestar atención a todos los ruidos de la habitación en que se encuentre en este momento y a los que se ha acostumbrado y que, por esta razón, normalmente le pasan desapercibidos. Cuando escucho atentamente, de repente oigo el ventilador que tengo a mi espalda, el pitido de un camión que avanza marcha atrás, el murmullo de múltiples voces que entran al edificio en el que me encuentro; alguien que se acomoda en una silla de madera, los latidos de mi corazón, el ruido que hago al tragar saliva, al volver la página. Si tuviera mejor oído, tal vez percibiría el rasgueo de ese bolígrafo sobre la hoja al otro lado de la habitación, el sonido de la planta al crecer, los gritos ultrasónicos de la inmensa cantidad de insectos que habitan a mis pies. ¿Es posible que en el universo sensorial de otro animal estos sonidos estén en primer plano?

EL SIGNIFICADO DE LAS COSAS

En cierto sentido, ni siquiera los objetos de una habitación son los *mismos objetos* para otro animal. El perro que observa el interior de esa habitación no piensa que está rodeado de objetos humanos; ve *cosas de perro*. Lo que nosotros pensamos sobre la finalidad de un objeto, o lo que hace que lo pensemos, es posible que no se corresponda con la idea que el perro tiene de la función o el significado de ese objeto. Los objetos se definen por cómo podemos

actuar sobre ellos: lo que Uexküll llama sus *tonos funcionales* —como si un objeto hiciera sonar una campanilla cuando ponemos los ojos en él—. Es posible que al perro le sea indiferente una silla, pero si se lo adiestra para que se siente en ella de un salto, aprende que la silla tiene un *tono de sentarse*: uno se puede sentar en ella. Posteriormente, puede ocurrir que el perro decida por cuenta propia que otros objetos tienen ese mismo tono: un sofá, una pila de almohadones o el regazo de una persona sentada en el suelo. Pero el perro no ve otras cosas que a nosotros nos parecen similares a la silla: taburetes, mesas o el brazo de un sofá. Los taburetes y las mesas pertenecen a otra categoría de objetos: quizá son obstáculos con los que topa al dirigirse al *tono de comer* de la cocina.

Aquí empezamos a ver en qué se solapan y en qué se diferencian las respectivas visiones del mundo del ser humano y del perro. Para éste, muchísimos objetos del mundo tienen un tono de comer, probablemente muchos más de los que nosotros tenemos por tales. Las heces no entran en nuestro menú; los perros discrepan. Es posible que los perros tengan tonos de los que nosotros carecemos por completo —*tonos de revolcarse*, por ejemplo: cosas en las que uno se puede revolcar—. Si no somos especialmente dados a jugar ni muy jóvenes, la lista de objetos con el *tono de revolcarse* es muy corta o no existe. Y muchos de los objetos que para nosotros tienen un significado muy concreto —tenedores, cuchillos, martillos, chinchetas, ventiladores, relojes, etc.—, para el perro tienen poco o ningún significado. Para el perro, el martillo no existe. No actúa con él ni sobre él, por lo que no tiene importancia alguna. Al menos, no mientras no se relacione con otro objeto significativo: cuando lo empuña una persona querida; cuando orina sobre él ese perrito tan mono de enfrente; cuando se puede morderle su recio mango de madera como si fuera un palo más.

Cuando el perro se encuentra con humanos se produce un choque entre su *Umwelt* y los de las personas, cuyo resultado suele ser que éstas interpretan mal lo que el perro hace. No ven el mundo desde la perspectiva del perro, tal como él lo ve. Por ejemplo, el amo insiste, con seriedad, en que el perro nunca se tumbe en la

cama. Para meterle en la cabeza tal orden, el amo puede adquirir lo que el fabricante de almohadas ha decidido llamar una «cama para perros» y ponerla en el suelo. Hará todo lo posible para que el perro se tumbé en esa cama, no en la prohibida. Lo normal es que el perro lo haga, aunque sea de mala gana. Y así uno se puede sentir satisfecho: otro éxito en la interacción entre la persona y el perro.

Pero ¿es realmente esto lo que ocurre? Muchas veces regresaba a casa pensando en las sábanas calentitas y las mantas arrugadas de mi cama sobre las que estaba tumbado hacía poco el perro inquieto que salía a recibirme a la puerta, a mí o a algún soñoliento intruso invisible. No tenemos problema en ver el significado que la cama tiene para las personas: el propio nombre de las cosas lo deja claro. La cama grande es para las personas; la de perros, para el perro. Las camas de los humanos representan descanso, pueden estar cubiertas de sábanas especialmente escogidas y mostrar todo tipo de mullidos cojines; la cama para perros es un lugar en el que nunca se nos ocurriría sentarnos, es (relativamente) barata y se suele adornar más con juguetes para masticar que con cojines. ¿Y para el perro? Para empezar, no hay una gran diferencia entre una y otra cama —salvo, quizá, que la nuestra es infinitamente más apetecible—. Nuestras camas huelen como nosotros, mientras que la del perro huele como cualquier material que su fabricante tuviera a mano (o peor aún, como las astillas de cedro: un perfume insoportable para el perro pero agradable para nosotros). Y en nuestra cama es donde estamos *nosotros*: donde holgazaneamos, de donde quizá se nos caen migas del desayuno o desde donde tiramos la ropa que nos quitamos. ¿Qué prefiere el perro? Nuestra cama, no cabe ninguna duda. El perro desconoce todo aquello que hace de nuestra cama un objeto tan obviamente diferente para nosotros. Sí, es posible que llegue a aprender que nuestra cama tiene algo distinto —después de sentirse regañado repetidamente por tumbarse sobre ella—. Aun en ese caso, lo que el perro sabe no es tanto la oposición entre «cama humana» y «cama para perros», sino la oposición entre «cosas por las que a uno le chillan si se tumba en ellas» y «cosas por las que a uno no le chillan por estar sobre ellas».

En el *Umwelt* del perro, la cama no tiene un tono funcional especial. El perro duerme y descansa donde puede, no sobre objetos que las personas fabriquen a propósito para ello. Puede haber un tono funcional para lugares donde dormir: los perros prefieren aquellos donde se puedan tumbar completamente estirados, donde la temperatura sea la deseable, donde haya otros miembros de su manada o de su familia de los alrededores y donde estén seguros. Cualquier superficie más o menos llana de nuestra casa reúne estas condiciones. Ofrecámosela al perro y lo más probable es que la encuentre tan agradable, grande, cómoda y calentita como nuestra cama.

PREGUNTÉMOSLE AL PERRO

Para reafirmar lo que digamos sobre la experiencia o la mente del perro, tenemos que aprender a preguntarle si estamos en lo cierto. Evidentemente, el problema de preguntar al perro si está contento o deprimido no es que la pregunta no tenga sentido. Es que tenemos poca capacidad para comprender su respuesta. El lenguaje nos hace terriblemente perezosos. Puedo adivinar las razones ocultas de esa conducta recalcitrante y distante que mi amiga lleva semanas mostrándome, y formarme una idea detallada y psicológicamente compleja de lo que sus acciones indican sobre lo que piensa de lo que yo pretendía en cierta situación de tirantez. Pero la mejor estrategia para cerciorarme es simplemente preguntar a esa persona. Y me lo dirá. Los perros, en cambio, nunca responden como deseáramos: con frases, bien puntuadas, con la justa entonación y enfatizando lo que quisieran resaltar. Pese a todo, si nos fijamos, nos responden con claridad.

Por ejemplo, ¿está deprimido ese perro que nos mira mientras suspira al ver que nos disponemos a irnos a trabajar? ¿Son pesimistas los perros que dejamos todo el día en casa? ¿Se aburren? ¿O simplemente espiran el aire despreocupadamente mientras se preparan para echarse una siestecita?

Observar el comportamiento para comprender la experiencia

mental de un animal es precisamente la idea en la que se basan algunos experimentos recientes de inteligente diseño. Los investigadores no utilizaban perros, sino ese manido sujeto de las investigaciones, la rata de laboratorio. Es posible que la conducta de las ratas enjauladas sea lo que más haya aportado al corpus de conocimientos de la psicología. En la mayoría de los casos, la rata no tiene interés en sí misma: la investigación no versa sobre ella *per se*. Sorprendentemente, versa sobre los seres humanos. La idea es que las ratas aprenden y recuerdan mediante el uso de algunos mecanismos que utilizamos los humanos —pero es mucho más fácil meter a las ratas en pequeñas cajitas y someterlas a unos estímulos limitados con la esperanza de obtener una reacción—. Y los millones de reacciones y respuestas de los millones de ratas de laboratorio (*Rattus norvegicus*) han proporcionado mucha información para entender la psicología humana.

Sin embargo, las ratas también tienen interés en sí mismas. Quienes trabajan con ellas en el laboratorio a veces hablan de su «depresión» o de su exuberante naturaleza. Algunas ratas parecen perezosas, otras son alegres; unas pesimistas, otras optimistas. Los investigadores tomaron dos de estas caracterizaciones —el pesimismo y el optimismo— y les dieron una definición operativa: una definición desde la perspectiva científica que permitiera determinar si se pueden ver auténticas diferencias entre unas ratas y otras. En lugar de limitarse a extrapolar el aspecto de los humanos cuando nos sentimos pesimistas, podemos preguntar cómo se podría distinguir entre una rata pesimista y otra optimista por sus respectivos comportamientos.

Así pues, se analizó el comportamiento de las ratas no como un reflejo del nuestro, sino como indicador de algo sobre... las ratas, sobre las preferencias y los sentimientos de la rata. Los investigadores colocaron a los sujetos de sus experimentos en entornos muy restringidos: algunos eran entornos «imprevisibles», donde se cambiaban continuamente el lecho, los compañeros de jaula y la secuencia de luz y oscuridad. Este diseño experimental aprovechaba el hecho de que las ratas, al vagar por las jaulas con poco que hacer, aprenden inmediatamente a asociar los sucesos nuevos

con los fenómenos que se producen simultáneamente. En este caso, se emitía a través de altavoces un determinado tono en las jaulas donde estaban las ratas. Era una señal para que pulsaran una palanca, un movimiento cuyo resultado era la aparición de una bolita de comida. Si se emitía un tono distinto y las ratas pulsaban la palanca, se producía un sonido desagradable y se quedaban sin comida. Esas ratas, seguramente como todas las ratas de laboratorio que las precedieron, descubrían inmediatamente la asociación. Sólo corrían hacia la palanca que les suministraba comida cuando aparecía el sonido de buen presagio, como hacen los niños cuando oyen el tintineo del carrito de los helados. Todas las ratas descubrían esa asociación en seguida. Pero cuando se emitía otro sonido intermedio entre los ya aprendidos, el resultado era que el entorno de las ratas cobraba importancia. Las que habían vivido en un entorno previsible interpretaban que el nuevo sonido significaba *comida*; esto no era así para las que procedían de entornos inestables.

Esas ratas habían aprendido el optimismo y el pesimismo sobre el mundo. Observar las ratas de entornos previsibles saltando con presteza al oír todo sonido nuevo equivale a observar el optimismo en acción. Bastaba con introducir pequeños cambios en el entorno para provocar un gran cambio de actitud. La intuición de quienes trabajan con ratas de laboratorio sobre el estado de ánimo de éstas puede ser acertada.

Podemos someter al mismo tipo de análisis nuestras intuiciones sobre los perros. Cualquier antropomorfismo que empleemos para describir a nuestros perros, podemos someterlo a dos preguntas. Una, ¿existe una conducta natural a partir de la que pudiera haber evolucionado esa acción? Y dos, ¿qué significaría esa afirmación antropomórfica si la deconstruyéramos?

LOS BESOS DEL PERRO

Los lametones son la forma que Pump tiene de establecer contacto, mientras me alarga la pata delantera. Cuando llego a casa me recibe con sus lametones en la cara al inclinarme para acariciarla; cuando me

quedo dormida en el sillón, me despierta con sus lametones; me lame las piernas hasta limpiarlas por completo de sal al regresar de correr; sentada a mi lado, me golpea la mano con la pata y hace que la abra para lamerme la piel suave y cálida de la palma.

Oigo decir a menudo a los propietarios de perros que verifican el amor que éstos les tienen por los besos que de ellos reciben al llegar a casa. Estos «besos» son lametones: el baboso lametón en la cara; el que se centra de forma exhaustiva en la mano; la solemne limpieza de alguna extremidad con la lengua. Confieso que considero los lametones de Pump un signo de cariño. «Cariño» y «amor» no son simplemente inventos recientes de una sociedad que trata a sus mascotas como si fueran personas en pequeño, a las que hay que calzar convenientemente cuando hace mal tiempo, disfrazar por Halloween, mimar con masajes y caricias, y acicalar. Antes de que existiera eso de la atención de día para perros, Charles Darwin (quien, estoy convencida, nunca disfrazó a su perrito de bruja ni de duende travieso) ya hablaba de los besos o lametones que recibía de sus perros, y lo dejó por escrito. Estaba seguro de su significado: los perros, escribió, tienen una «sorprendente forma de demostrar su afecto, la de lamer la mano o la cara de sus amos». ¿Estaba Darwin en lo cierto? *A mí* los besos me parecen cariñosos, pero ¿son gestos de cariño *para el perro*?

Empecemos por la mala noticia: los estudiosos de los cánidos salvajes —lobos, coyotes, zorros y otros perros salvajes— dicen que los cachorros lamen la cara y el hocico de su madre cuando regresa de cazar a la guarida para conseguir que les regurgite la comida. Parece que los lametones alrededor de la boca son lo que da pie a la madre a vomitar voluntariamente carne a medio digerir. Cuán decepcionada ha debido de sentirse Pump al no haberle regurgitado carne de conejo a medio comer ni una sola vez.

Además, a los perros les sabe muy bien nuestra boca. Al igual que los humanos y los lobos, poseen receptores del sabor para lo salado, lo dulce, lo amargo, lo ácido y hasta lo umami, un sabor mezcla de tierra, seta y alga marina que se puede percibir en el glutamato monosódico, un potenciador del sabor. La percepción

de lo dulce que tienen los perros se procesa de forma un tanto distinta de la nuestra, en el sentido de que la sal realza la experiencia de los sabores dulces. En el perro abundan especialmente los receptores de lo dulce, aunque algunos edulcorantes —como la sacarosa y la fructosa— activan los receptores más que otros, como la glucosa. Podría ser un rasgo adaptativo en un omnívoro como el perro, para quien es útil poder distinguir entre plantas y frutos maduros y verdes. Resulta interesante que ni siquiera la sal pura active de inmediato los llamados receptores de lo salado de la lengua y el paladar del perro tal como los activa en los humanos. (Los especialistas no se ponen de acuerdo sobre si los perros tienen o no receptores específicos de lo salado.) Pero no he tenido que reflexionar mucho sobre la conducta de Pump para percatarme de que cuando me lame la cara suele ser después de haber sido testigo de la ingestión por mi parte de una buena cantidad de comida.

Y ahora la buena noticia: como resultado de este uso funcional del lamer la boca —lo que para el lector y para mí son «besos»— este comportamiento se ha convertido en un cumplido ritual. En otras palabras, ya no sirve únicamente para pedir comida; ahora se emplea para saludar. Los perros y los lobos simplemente lamen el hocico para dar la bienvenida a otro perro que regresa a casa e informarse a través del olor sobre dónde ha estado o qué ha hecho quien acaba de llegar. Las madres no sólo limpian a sus cachorros con sus lametones, sino que suelen lamerlos con intensidad cuando se juntan de nuevo después de una breve separación. Un perro joven o tímido puede lamerle el hocico o las zonas de alrededor a otro perro que se muestre agresivo para apaciguarlo. Los perros que se conocen suelen intercambiarse lametones cuando se encuentran por la calle sujetos con sus respectivas correas. Puede ser una forma de confirmar, mediante el olisqueo, que ese perro que acude disparado es quien uno cree que es. Estos lametones de saludo suelen ir acompañados del meneo de la cola, la apertura de la boca con intenciones lúdicas y una excitación general, por lo que no es exagerado decir que los lametones son una forma de manifestar la alegría al vernos regresar.

PERRÓLOGOS

Sigo hablando aún de la mirada «cómplice» de Pump, o de que se siente *contenta* o de que es *caprichosa*. Son expresiones que para mí encierran algo especial. Pero no albergo ninguna ilusión de que ese algo coincida con lo que ella experimenta. Sigo adorando sus lame-tones, pero también me encanta saber lo que significan para ella y no sólo lo que representan para mí.

Si conseguimos imaginar el *Umwelt* de los perros, podremos deconstruir otros antropomorfismos —el de la culpa del perro por morder los zapatos; el de una ira vengativa plasmada en ese pañuelo Hermès nuevo hecho trizas— y reconstruirlos teniendo en mente lo que sabemos sobre el perro. Intentar comprender la perspectiva del perro es como ejercer de antropólogo en tierra extraña, una tierra habitada únicamente por perros. Es posible que no podamos traducir perfectamente todos y cada uno de sus movimientos de cola y sus ladridos, pero basta con observarlos detenidamente para conseguir interpretar buena parte de ellos. Así pues, fijémonos en qué hacen los nativos de esa tierra.

En los capítulos que siguen veremos las muchas dimensiones que configuran el *Umwelt* del perro. La primera es histórica: la evolución del perro a partir del lobo y en qué se parece y se distingue de su ancestro. Las formas de criar a los perros por las que nos decidimos condujeron a ciertos sistemas intencionales y a algunas consecuencias imprevistas. La segunda dimensión procede de la anatomía: la capacidad sensorial del perro. Necesitamos apreciar lo que el perro huele, ve y oye... y si existen otros medios con los que sentir el mundo. Tenemos que imaginar lo que se ve desde una altura de unos sesenta centímetros del suelo, y desde detrás de ese hocico. Por último, el cuerpo del perro nos lleva a su cerebro. Hablaremos de las aptitudes cognitivas del perro, cuyo conocimiento nos puede ayudar a interpretar su comportamiento. Juntas, estas dimensiones pueden dar respuesta a las preguntas de qué piensan, qué saben y qué entienden los perros. En última instancia, nos servirán como base para dar un salto imaginativo al interior del perro: a medio camino de convertirnos simbólicamente en perros.



ALGUIEN DE CASA

Aguarda junto a la puerta de la cocina, a pocos centímetros del suelo. De algún modo, Pump sabe exactamente qué significa «fuera de la cocina». Está ahí sentada y, cuando salgo a llevar la comida a la mesa, entra en la cocina a recuperar lo que se me haya podido caer al suelo. Junto a la mesa consigue un poco de todo y, cuanto menos, prueba todo lo que se le ofrece, hasta lo más inimaginable, aunque sólo sea para metérselo en la boca antes de dejarlo en el suelo sin miramientos. No le gustan las pasas. Ni los tomates. Acepta las uvas, siempre que pueda abrirlas en dos con los dientes para extraer su zumo, y luego pasar a masticarlas a conciencia, como si se tratara de algo duro. Todas las puntas de zanahoria son para ella. Toma los tallos de brócoli y de espárrago y los sostiene con delicadeza, mientras me mira un momento como si quisiera averiguar si caerá algo más, antes de retirarse a la alfombra a roerlos.

En los libros sobre adiestramiento de perros se suele repetir que «el perro es un animal»: es cierto, pero no es toda la verdad. El perro es un animal *domesticado*, palabra cuya raíz latina significa «perteneciente a la casa». Los perros son animales que pertenecen a las casas. La domesticación es una variable del proceso de evolución, cuyos factores de selección no han sido sólo las fuerzas naturales, sino también las humanas, y cuyo fin último es llevar los perros a las casas.

Para comprender qué es el perro hay que entender de dónde procede. Como miembro de la familia de los cánidos, el perro doméstico está lejanamente emparentado con el coyote y el chacal, el dingo y el cuón (o dole, perro rojo o perro jaro), el zorro y el licaón (o perro salvaje africano).¹ Pero salió de una única línea antigua de

1. En la lista no está la hiena. Por su tamaño y forma, sus orejas erguidas como las del pastor alemán, y su aullido y vocalización similares a los de muchos cánidos-

cánidos, unos animales cuyo mayor parecido lo tienen con el actual lobo gris. Sin embargo, ver a Pumpernickel escupir con todo recato una pasa no me recuerda las crudas imágenes de esos lobos de Wyoming que abaten un alce y tiran de él a dentelladas.² A primera vista, el aspecto de un animal que espera pacientemente a la puerta de la cocina, para luego examinar sin prisas la punta de una zanahoria, no parece que se relacione con el de un animal cuyo principal aliado es él mismo, y cuya colaboración con otros es siempre tensa y se alimenta de la fuerza.

El animal que hoy se queda analizando la zanahoria se alejó de los asesinos de alces siguiendo un segundo camino: el nuestro, el de las personas. Si la naturaleza «selecciona» indiferente y a ciegas los rasgos que llevan a la supervivencia de quienes los poseen, nuestros ancestros humanos también seleccionaron los rasgos —las características físicas y el comportamiento— que han conducido no sólo a la supervivencia, sino a la omnipresencia del perro actual (*Canis familiaris*) entre nosotros. Su aspecto, su conducta, sus preferencias, su interés por las personas y su vigilancia a la atención que les prestamos son todos rasgos resultado en gran medida de la domesticación. El perro actual es una criatura bien diseñada. Lo que pasa es que este diseño no fue del todo intencionado, ni mucho menos.

CÓMO HACER UN PERRO: INSTRUCCIONES PASO A PASO

¿Así que queremos hacer un perro? Bastan unos pocos ingredientes. Necesitaremos lobos, humanos, un poco de interacción y tolerancia mutua. Se mezcla todo y se espera... bueno, unos miles de años.

O, como hizo Dmitry Belyaev, el genetista ruso, no se requiere

parlanchines, se parece al perro en muchos sentidos, pero de hecho no es un cánido. Es carnívora y está más emparentada con la mangosta y el gato que con el perro.

2. Se sospecha que las pasas son tóxicas para algunos perros, incluso en pequeñas cantidades (aunque se desconoce el mecanismo de esta toxicidad), lo que me lleva a preguntarme si la aversión que le producían a Pumpernickel era algo instintivo.

más que tomar un grupo de zorros cautivos y empezar a criarlos de forma selectiva. En 1959, Belyaev inició un programa que ha proporcionado muchísima información sobre los que conjeturamos que fueron los primeros pasos de la domesticación. En vez de trabajar con perros y extrapolar los resultados retrospectivamente, Belyaev estudió otra especie social de cánidos y propulsó los resultados hacia delante. El zorro plateado de Siberia de mediados del siglo xx era un pequeño animal salvaje que se había hecho popular por el comercio de las pieles. Encerrado en jaulas, criado únicamente para obtener su piel, particularmente larga y suave, el zorro no fue domesticado, sino que se mantuvo cautivo. Lo que Belyaev hizo con ellos, con una receta muy sencilla, no fueron «perros», pero tenían un parecido asombroso con ellos.

El *Vulpes vulpes*, el zorro plateado, guarda un parentesco lejano con el lobo y el perro, pero nunca había sido domesticado con anterioridad. Pese a su afinidad familiar evolutiva, ningún cánido ha sido domesticado completamente aparte del perro: la domesticación no se produce de forma espontánea. Lo que Belyaev demostró es que se puede producir rápidamente. Empezó con ciento treinta zorros, de los que seleccionó y crió aquellos que eran más «mansos», tal como él los describía. En realidad escogió los que mostraban menos miedo a las personas y parecían menos agresivos con ellas. Los puso en jaulas, para que esa agresividad se redujera al mínimo. Se acercaba a todas las jaulas e invitaba a los zorros a que comieran de su mano.

Unos lo mordían; otros se escondían. Unos tomaban la comida, con recelo. Otros la tomaban y además se dejaban tocar y acariciar sin huir ni bufar. Los había también que aceptaban la comida y hasta movían la cola y le lloriqueaban al director del experimento, así que, más que obstaculizar la interacción, la favorecían. Éstos fueron los que Belyaev seleccionó. Por alguna variación normal de su código genético, aquellos animales se mostraban más tranquilos por naturaleza ante la presencia de personas; a todos se los exponía por igual al contacto de sus cuidadores, que les daban de comer y les limpiaban la jaula durante su corta vida.

Se dejó que estos zorros «mansos» se aparearan, y con sus crías

se hicieron los mismos ensayos. Al llegar a su edad, se apareaban también; y así lo hicieron sus crías y las crías de sus crías. Belyaev siguió trabajando en el proyecto hasta su muerte (1985) y hoy el programa está aún en marcha. Al cabo de cuarenta años, un tercio de la población de los zorros pertenecía a una clase que los investigadores llamaron «élite domesticada»: no sólo aceptaban el contacto con las personas, sino que se acercaban a ellas, «gimoteando para llamar la atención, olisqueando y lamiendo»... como hacen los perros. Belyaev había creado un zorro domesticado.

Posteriormente, el mapeo genético ha desvelado que actualmente cuarenta genes distinguen los zorros de Belyaev de los plateados. Por increíble que parezca, con la selección de un rasgo conductual, en medio siglo se cambió el genoma del animal. Este cambio genético vino acompañado de una serie de cambios físicos sorprendentemente familiares: algunos zorros de la última generación tienen la piel multicolor, mezcla de manchas blancas y negras irregulares, como las que se pueden ver en muchos perros. Tienen las orejas caídas, la cola curvada hacia arriba, por encima del lomo, la cabeza más ancha y el hocico más corto. No son lo que se dice una monada.

Todas estas características físicas aparecieron después de escoger y separar una conducta determinada. La conducta no es lo que afecta al cuerpo; una y otro son el resultado conjunto de un gen o una serie de genes. Éstos no dictan comportamientos concretos, sino que determinan más o menos la probabilidad de que aparezcan. Si las características genéticas de alguien, por ejemplo, lo llevan a tener un nivel muy alto de la hormona del estrés, esto no significa que ese alguien esté agobiado permanentemente. Pero puede significar que su umbral de la clásica respuesta al estrés sea más bajo —mayor ritmo cardíaco y respiratorio, más sudor, etc.— en algunos contextos en que otros no generan una reacción al estrés. Digamos que esa persona de umbral más bajo le chilla al perro por arrastrarla diparado al parque. Esos chillidos al pobre cachorro no están determinados por la genética —los genes no saben de parques para perros, ni siquiera para cachorros—, pero la neuroquímica del propietario del perro, originada por sus genes, facilita que reaccione de esa manera cuando se presenta la ocasión.

Pues lo mismo ocurre con los zorros. Dado lo que los genes hacen,³ un pequeño cambio en uno de ellos —por ejemplo, activarse un poco más tarde que otros— podría cambiar la probabilidad tanto de determinadas conductas como de ciertas características físicas. Los zorros de Belyaev demuestran que unas pocas y simples diferencias evolutivas pueden producir un efecto de gran alcance: por ejemplo, sus zorros abren los ojos antes y muestran las primeras reacciones de miedo más tarde, un comportamiento más parecido al de los perros que al de los zorros. Esto les proporciona una puerta más temprana y prolongada para establecer un vínculo afectivo con los cuidadores —como los que trabajan en el programa de Siberia—. Juegan entre ellos incluso en su madurez, lo que tal vez les permita una socialización más extensa y compleja. Merece la pena señalar que los perros se separaron de los zorros hace entre diez y doce millones de años; sin embargo, después de cuarenta años de selección, parecen domesticados. Quizá pueda ocurrir lo mismo con otros carnívoros que nos llevamos a casa. Los cambios genéticos los empujan a parecerse a los perros.

CÓMO LOS LOBOS SE CONVIRTIERON EN PERROS

Aunque no solemos pensar en ello, la historia de los perros, mucho antes de poseer el nuestro, tiene mucho más que ver con cómo es nuestro perro que con los detalles de su parentesco. Su historia empieza con los lobos.

Los lobos son perros sin accesorios. El abrigo que es la domesticación convierte a los perros en criaturas bastante diferentes.⁴ Un

3. Lo que (algunos) genes hacen es regular la formación de proteínas que asignan a las células su función. Dónde, cuándo y en qué entorno se desarrolle la célula... todo contribuye al resultado. De modo que el camino que lleva del gen a la aparición de un rasgo físico es más sinuoso de lo que inicialmente se pudiera pensar, y en ese trayecto hay espacio para las modificaciones.

4. Hay quien discute sobre si hay que considerar a los perros una especie distinta o una subespecie de la de los lobos. Se debate incluso sobre si la clasificación linneana original que demarca la *especie* como una unidad fundamental sigue sien-

perro domesticado que se extravíe y se pierda tal vez no pueda sobrevivir por sí mismo más de unos días; en cambio, en el caso del lobo, la anatomía, el impulso del instinto y la sociabilidad se unen para hacer de él un animal muy adaptable. Son cánidos que se pueden encontrar en muy diversos medios: en desiertos, en bosques y en terrenos helados. La mayoría de ellos viven en manadas, con un compañero de apareamiento y entre cuatro y cuarenta lobos más jóvenes y normalmente emparentados entre sí. Las manadas de lobos trabajan de forma cooperativa, se reparten las tareas. Los de más edad pueden ayudar a criar a los lobeznos y todo el grupo trabaja conjuntamente en la caza de presas de gran tamaño. Son muy territoriales y dedican mucho tiempo a demarcar y defender sus fronteras.

Dentro de algunas de estas fronteras, hace decenas de miles de años, empezaron a aparecer los seres humanos. El *Homo sapiens*, después de superar sus formas *habilis* y *erectus*, se fue haciendo menos nómada y empezó a crear asentamientos. Las interacciones entre humanos y lobos empezaron antes incluso de que se iniciara la agricultura. En qué desembocaron estas interacciones es fuente de especulaciones. Una hipótesis es que las comunidades humanas relativamente asentadas producían gran cantidad de residuos, incluidos los alimenticios. Los lobos, que además de cazadores son carroñeros, habrían descubierto pronto esta fuente de alimentación. Quizá los más atrevidos consiguieron superar cualquier temor a estos nuevos animales humanos desnudos y empezaron a montarse banquetes donde se acumulaban los montones de sus sobras. De esta forma se habría iniciado una selección natural de los lobos que tenían menos miedo a los humanos.

Con el tiempo, los humanos toleraron a los lobos, tal vez porque tomaban algunos lobeznos como mascotas o, en tiempos de mayor necesidad, para alimentarse de ellos. Generación tras gene-

do útil o válida. La mayoría de los estudiosos convienen en que hablar de los perros y los lobos como especies separadas es hoy la mejor descripción. Aunque sus crías, sus hábitos típicos de apareamiento, su ecología social y los medios en que viven son intercambiables, ambos animales son muy distintos.

ración, los lobos más apacibles consiguieron vivir en los márgenes de la sociedad humana. Al final, las personas empezaron a criar voluntariamente aquellos animales que les gustaban de forma particular. Es el primer paso de la domesticación: «rehacer» los animales a nuestro gusto. Con todas las especies, este proceso se suele producir mediante una asociación gradual con los humanos, con la que las sucesivas generaciones se van haciendo progresivamente más mansas, y al final su conducta y el aspecto de su cuerpo se distinguen de los de sus antepasados salvajes. Así pues, la domesticación va precedida de un tipo de selección inadvertida de los animales que habitan en las cercanías del ser humano y son útiles o agradables, lo que les permite vagabundear en los márgenes de la sociedad humana. El siguiente paso de la domesticación exige mayor intencionalidad. Los animales que gustan menos o son de menor utilidad se abandonan o eliminan, o se los destierra de los territorios colindantes con los que nosotros habitamos. De esta forma, seleccionamos aquellos animales a los que nos es más fácil criar por nuestra cuenta. Por último, en la fase que nos es más familiar, la domesticación implica criar a los animales para que tengan unas características específicas.

Las primeras pruebas arqueológicas de perros lobo datan de hace entre diez mil y catorce mil años. Se han encontrado restos de perro entre montones de basura (lo que indica que se utilizaban como alimento o como un bien de propiedad) y en enterramientos, con el esqueleto enroscado junto a esqueletos humanos. La mayoría de los investigadores piensa que los perros empezaron a asociarse con nosotros incluso antes, tal vez hace muchas decenas de miles de años. Existen pruebas genéticas, unas muestras de ADN mitocondrial,⁵ de una sutil escisión de hace nada menos que ciento cuarenta y cinco mil años entre los lobos puros y los que se iban

5. El ADN mitocondrial, o genoma mitocondrial, es el material genético de las mitocondrias, los orgánulos que generan energía para la célula. Se transmiten, sin cambio alguno, de la madre a las crías. Se ha utilizado el ADN mitocondrial para rastrear la ascendencia humana, y para investigar las relaciones evolutivas entre las especies de animales.

a convertir en perros. Podríamos llamar a estos últimos lobos protodomesticables, ya que habían cambiado ellos mismos su conducta en un sentido que posteriormente atraería el interés de los humanos (o que simplemente haría que éstos los toleraran). Cuando aparecieron los humanos, aquellos lobos quizás estaban ya preparados para su domesticación. Los lobos que los humanos tomaron para sí probablemente eran menos cazadores y más carroñeros, menos dominantes y más pequeños que los lobos alfa, y más dóciles. En resumen, menos lobos. De manera que, en los inicios del desarrollo de las antiguas civilizaciones, miles de años antes de domesticar a cualquier otro animal, los humanos tomaron consigo a éste y se lo llevaron a sus primeras aldeas.

Estos primeros perros no podrían confundirse con miembros de una de las cientos de razas de perro hoy reconocidas. La baja estatura del teckel (perro salchicha) o el hocico aplastado del carlino son resultado de la cría selectiva que mucho después practicaron los humanos. La mayor parte de las razas caninas que hoy reconocemos se han desarrollado hace sólo unos cientos de años. Pero esos primeros perros habrían heredado las habilidades sociales y la curiosidad de sus antepasados lobos, para luego aplicarlas a la cooperación con los humanos y su apaciguamiento, tanto como a las relaciones entre ellos mismos. Perdieron parte de su tendencia a reunirse en manadas: los animales carroñeros no son proclives a cazar juntos. Cuando uno puede vivir y comer de forma independiente tampoco es relevante ningún tipo de jerarquía. Eran animales sociables, pero no con una jerarquía social.

El cambio de lobo a perro se produjo a una velocidad asombrosa. Los humanos tardaron casi dos millones de años en pasar de *Homo habilis* a *Homo sapiens*, en cambio el lobo saltó a la especie canina en muy poco tiempo. La domesticación refleja lo que la naturaleza, a través de la selección natural, hace a lo largo de cientos de generaciones: una especie de selección artificial contra el reloj. Los perros fueron los primeros animales domesticados y, en algunos sentidos, los más sorprendentes. La mayoría de los animales domésticos no son depredadores. Un depredador no parece ser el animal más adecuado para llevarse a casa: no sólo sería difícil

encontrar las suficientes provisiones para un carnívoro, sino que su amo correría el peligro de convertirse en tal. Y aunque, en el caso de los perros, esa circunstancia los pudo convertir (y los convirtió) en buenos compañeros de caza, su principal función en los últimos cien años ha sido la de ser un confidente afable y acrítico, no un trabajador.

Pero los lobos sí poseen unas características que los convierten en excelentes candidatos a la selección artificial. El proceso favorece a un animal social de comportamiento flexible, capaz de ajustarlo a diferentes enclaves y circunstancias. Los lobos nacen en el seno de una manada, pero sólo permanecen en ella durante sus primeros años; luego parten en busca de otro de su especie para aparearse, crear una nueva manada o unirse a otra ya formada. Este tipo de flexibilidad para cambiar de estatus y roles es muy adecuada para tratar con una nueva unidad social en la que se incluye a los humanos. En una manada o en el paso de una a otra, los lobos tenían que estar atentos a la conducta de sus compañeros —del mismo modo que los perros deberán hacerlo con quienes los mantienen y ser sensibles a su forma de comportarse—. Estos primeros perros lobo que se encontraron con los primeros pobladores humanos no debían de ser muy beneficiosos para éstos, de manera que se los debía valorar por alguna otra razón: por ejemplo, por su compañía. La naturalidad de estos cánidos les permitió adaptarse a una nueva manada: una manada que incluía a animales de una especie completamente distinta.

NADA DE LOBO

Y así, algún antepasado común del lobo y del perro, de aspecto lobuno, se jugó el todo por el todo y empezó a holgazanear entre unos humanos también merodeadores, que acabaron por adoptarlo y posteriormente moldearlo a sus propósitos, de modo que no fue un exclusivo capricho de la naturaleza. Esta circunstancia convierte hoy a los lobos en una especie interesante para compararla con los perros: hay muchas probabilidades de que compartan gran

cantidad de rasgos. El lobo actual no es el antepasado del perro, aunque ambos tienen un antepasado común. Incluso el lobo moderno probablemente es bastante distinto de los lobos primitivos. Lo que haya de diferente entre perros y lobos se debe posiblemente a lo que hizo que los protoperros gozaran de la oportunidad de que alguien los acogiera, además de todo lo que desde entonces los humanos han hecho para criarlos.

Y hay muchas diferencias entre ellos. Algunas son evolutivas: por ejemplo, los perros no abren los ojos hasta después de más de dos o tres semanas de haber nacido, mientras que los lobatos los abren a los diez días. Esta pequeña diferencia puede provocar un efecto en cascada. En general, tienen un desarrollo físico y conductual más lento. Los grandes hitos evolutivos —andar, transportar objetos con la boca, participar en los primeros juegos de morderse— normalmente los logran antes los lobos que los perros.⁶ Esta pequeña diferencia se transforma en una mucho mayor: significa que la puerta de entrada a la socialización de los perros y los lobos es diferente. Los perros disponen de más tiempo de ocio para aprender sobre los demás y para acostumbrarse a los objetos de su entorno. Si, durante los primeros meses de su desarrollo, se expone el perro a no perros —humanos, monos, conejos o gatos—, aquél genera un apego y una preferencia por la especie con la que se relaciona sobre las demás, lo que elimina cualquier impulso predador o de miedo que cabría esperar que albergara. En este llamado período *sensible o crítico* del aprendizaje social es cuando los perros descubren qué es un perro, un aliado o un extraño. Tienen una gran capacidad para aprender quiénes son sus iguales, cómo comportarse y a establecer asociaciones entre los sucesos. Los lobos tienen una *puerta* más reducida para determinar quién es familiar y quién enemigo.

6. Hay también una gran diferencia entre las razas. Por ejemplo, los caniches empiezan a mostrar comportamientos esquivos y a jugar a pelearse varias semanas más tarde que los huskies (perros esquimales) —y unas semanas son una parte considerable de la vida del cachorro—. De hecho, los huskies se desarrollan más deprisa que los lobos en muchos sentidos. Nadie ha estudiado cómo afecta esta circunstancia a su relación comunicativa con los humanos.

Hay diferencias en su organización social: los perros no forman auténticas manadas; sólo merodean o cazan pequeñas presas juntos.⁷ Aunque no cazan de forma coordinada, son animales cooperativos: los perros de caza y los de ayuda, por ejemplo, aprenden a actuar en sincronía con sus amos. Para los perros, la socialización entre los humanos es natural; no ocurre lo mismo con los lobos, que aprenden a evitar a los humanos de forma natural. El perro es miembro de un grupo social humano; su medio natural está entre las personas y otros perros. Los perros muestran eso que al hablar de los niños se llama «apego»: la preferencia por el cuidador principal sobre los demás. Sienten ansiedad al separarse de su cuidador y lo saludan de forma especial cuando regresa. Los lobos saludan a otros miembros de la manada cuando se encuentran de nuevo después de haber estado separados, pero no parece que muestren apego a ninguno en particular. Para un animal que va a vivir entre los humanos tienen sentido esos apegos concretos; no se puede decir lo mismo para el que vive en manada.

Perros y lobos son físicamente distintos. Aunque unos y otros son cuadrúpedos omnívoros, la variedad de tipos y tamaños de los perros es extraordinaria. Ningún otro cánido, ni especie alguna, ofrece tal diversidad de tipos de cuerpo dentro de la misma especie, del papillón de dos kilos al terranova de más de cincuenta; de los perros delgados de hocico largo y cola en forma de látigo a los perros regordetes de hocico retraído y cola corta. Las extremidades, las orejas, los ojos, el hocico, la cola, el pelaje, las ancas y el vientre son dimensiones que se pueden combinar de múltiples maneras en los perros, sin que por ello éstos dejen de serlo. En cambio, el tamaño de los lobos es, como ocurre con la mayoría de los animales salvajes, prácticamente uniforme en un determinado entorno. Pero

7. El proceso de domesticación se inició probablemente cuando los primeros cánidos empezaron a hurgar por los alrededores de los grupos humanos, comiéndose sus sobras, por lo que carece completamente de sentido dar de comer a los perros únicamente carne cruda, basándose en la teoría de que en el fondo son lobos. Los perros son unos animales omnívoros que llevan miles de años comiendo lo que nosotros comemos. Con muy pocas excepciones, lo que es bueno en nuestro plato lo es también en su cuenco.

incluso el perro «medio» —algo parecido al prototípico chuco— se distingue perfectamente del lobo. La piel del perro es más gruesa que la del lobo. Aunque ambos tienen la misma cantidad y el mismo tipo de dientes, los del perro son más pequeños. Y la cabeza del perro en su conjunto es menor que la del lobo: más o menos un 20 % más pequeña. En otras palabras, entre un perro y un lobo con un cuerpo de tamaño similar, el cráneo del perro es mucho más pequeño —y, en consecuencia, también el cerebro.

Nunca se ha dejado de hablar de este último dato, señal quizá del atractivo actual de la tesis (ya refutada) de que el tamaño del cerebro determina la inteligencia. La facilidad de pasar de hablar del *tamaño* del cerebro a hablar de su *calidad*, además de ser un paso en falso, no hace sino pregonar las pruebas para refutar este hecho. Los estudios comparativos realizados con lobos y perros sobre tareas de resolución de problemas al principio parecían confirmar la inferioridad cognitiva de los perros. Lobos criados en laboratorios en los que se examinaba la capacidad de aprendizaje de una determinada tarea —tirar de tres cuerdas de entre varias en un orden determinado— superaban a perros que realizaban la misma prueba. Los lobos aprendían más deprisa a tirar de cualquier cuerda para empezar, y luego pasaban a saber mejor el orden en que había que tirar de las cuerdas. (También deshilachaban más cuerdas que los perros, pero los investigadores nada dicen de lo que esto indica sobre su cognición.) Los lobos también son expertos en escapar de recintos cercados; los perros, no. La mayoría de quienes estudian a los cánidos coincide en que los lobos prestan más atención que los perros a los objetos físicos y los manejan con mayor habilidad.

De resultados como éstos nace la idea de que existe una diferencia cognitiva entre los lobos y los perros: normalmente, los primeros se muestran perspicaces en la resolución de problemas y los perros, simplones. En realidad, históricamente las teorías han oscilado entre afirmar que los perros son más inteligentes o que lo son los lobos. La ciencia a menudo está supeditada a la cultura en que se practica y estas teorías reflejan las ideas que en su momento prevalecen sobre la mente de los animales. Sin embargo, los datos recogidos sobre el comportamiento del perro y del lobo llevan a una

posición más matizada. Parece que los lobos saben resolver mejor ciertos problemas *físicos*. Parte de esta habilidad se puede explicar por su propia conducta natural. ¿Por qué esos lobos aprendían fácilmente la tarea de tirar de las cuerdas? Pues resulta que en su medio natural hacen muchos ejercicios de agarrar cosas y tirar de ellas (por ejemplo, sus presas). Parte de la diferencia entre lobos y perros se puede rastrear en las necesidades más limitadas de estos últimos para vivir. Incorporados al mundo de los humanos, los perros ya no necesitan algunas de las habilidades que sí requerirían si tuvieran que apañárselas solos. Como veremos, lo que les falta a los perros de habilidad física lo compensan con su habilidad para convivir con las personas.

Y ENTONCES, NUESTROS OJOS SE ENCONTRARON...

Hay una última diferencia, aparentemente de escasa importancia, entre ambas especies. Esta pequeña variación conductual entre lobos y perros tiene unas notables consecuencias. La diferencia es que los perros nos miran a los ojos.

Los perros establecen contacto visual y nos miran en busca de información —sobre la ubicación de la comida, sobre nuestros sentimientos, sobre lo que esté ocurriendo—. Los lobos evitan el contacto visual. En ambas especies, este contacto puede ser una amenaza: mirar fijamente es una afirmación de autoridad. También en los humanos. En una de mis clases de la universidad, hago que mis alumnos realicen un sencillo experimento de campo: intentar establecer contacto visual y mantenerlo con cualquiera con quien se crucen por el campus. Tanto ellos como la otra persona objetivo de la mirada se comportan de una forma sorprendentemente sistemática: todos tienen prisa por suspender el contacto visual. A los alumnos les crea ansiedad y muchos de ellos dicen de repente que son tímidos: explican que se les empieza a acelerar el corazón y comienzan a sudar tras aguantar la mirada a alguien unos pocos segundos. Inventan sobre la marcha detalladas historias para explicar por qué alguien apartó la vista o se la aguantó medio segundo más. Lo más

habitual es que su mirada se encuentre con que aquella persona a la que se dirige retire la suya. En un experimento similar, analizan la mirada de una segunda forma, para verificar la tendencia de nuestra especie a seguir la mirada de los demás hasta su punto focal. El alumno se acerca a cualquier objeto público y visible para cualquiera —un edificio, un árbol, una mancha en la acera— y se lo queda mirando fijamente. Otro alumno se coloca cerca de él y a escondidas graba las reacciones de los transeúntes. Si no llueve ni es una hora punta, comprueban que al menos algunas personas se detienen, les siguen la mirada y se quedan observando con curiosidad ese fascinante punto de la acera: seguro que hay *algo*.

Si esta conducta no resulta sorprendente es porque es humana: las personas miramos. Los perros también. Aunque han heredado cierta aversión a mirar a los ojos demasiado rato, parece que están predispuestos a inspeccionarnos la cara para informarse, asegurarse u orientarse. Una conducta no sólo agradable para nosotros —mirar profundamente a los ojos del perro que nos está observando produce cierta satisfacción—, sino que es perfectamente adecuada para llevarse bien con los humanos. Como veremos más adelante, también les sirve de base para su destreza en la cognición social. Las personas evitamos el contacto visual con los extraños, pero lo mantenemos en nuestras relaciones con quienes más queremos. Una mirada furtiva está llena de información; la mirada mutua cala muy hondo. Entre las personas, el contacto visual es esencial para la comunicación.

De ahí que la capacidad del perro de buscarnos la mirada y quedársenos observando pueda haber sido uno de los primeros pasos en su domesticación: escogimos a quienes nos miraban. Lo que hicimos entonces con los perros es peculiar. Empezamos a diseñarlos.

PERROS DE TODO TIPO

En la etiqueta de su jaula se leía: LABRADOR MEZCLADO. Todos los perros de la perrera eran labradores mezclados. Pero no había duda de

que Pump, mi perra, nació de un spaniel: el pelo negro y sedoso le cubría su cuerpo estilizado; sus orejas aterciopeladas le enmarcaban la cara. Cuando dormía era un perfecto osezno. El pelo de la cola pronto se le hizo más largo y ligero: o sea, que es un golden retriever. Luego se le espesaron los suaves rizos del vientre, se le llenó un poco la papada: bueno, es que es un perro de aguas. A medida que crece, el vientre se le hace mayor hasta adquirir una forma sólida semejante a la del barril —después de todo, es un labrador—; la cola se le convierte en una bandera que hay que recortar —labrador mezclado con golden retriever—; es capaz de pasar del completo reposo al *sprint* más decidido —un caniche—. Tiene el pelo rizado y el vientre redondo: producto evidente de un perro pastor que se escondía con alguna bonita oveja entre los matorrales. Pump es su propio perro.

Los perros originales eran chuchos mestizos, en el sentido de que no tenían pedigrí. Pero muchos de los perros actuales no lo son, sino que son el resultado de cientos de años de una cría estrictamente dirigida. La consecuencia de esta cría es la creación de lo que son casi subespecies, de diferente forma, tamaño, vida media, temperamento⁸ y habilidades. El actual Norwich terrier, de unos veinticinco centímetros de altura y un peso de unos cinco kilos, no pesa más que la cabeza del sosegado, cariñoso y enorme terranova. Si se dice a cualquier otro perro que nos traiga la pelota que acabamos de lanzar, se nos queda mirando intrigado; en cambio, al border collie no hay que pedírselo dos veces.

Las diferencias familiares entre las razas actuales no siempre son resultado de una selección deliberada. Algunas conductas y características son fruto de esta selección —cobrar la caza, tama-

8. Con *temperamento* me refiero más o menos a la *personalidad*, pero sin el fondo de antropomorfismo. Es perfectamente aceptable hablar de la personalidad del perro, si por tal se entiende su «patrón habitual de conducta y sus rasgos individuales»: la conducta y los rasgos no son exclusivos de los humanos. Algunos estudiosos emplean el término *temperamento* para referirse a los rasgos tal como aparecen en un animal joven —la tendencia genética del perro—, y reservan *personalidad* para referirse a las conductas y los rasgos adultos, el resultado de ese temperamento particular combinado con todo aquello con que se enfrentaron en su medio.

ño reducido o la cola enroscada— y otras simplemente vienen dadas. La realidad biológica de la raza es que los genes de los rasgos y las conductas vienen en grupos. Si se cruzan durante unas generaciones perros de orejas especialmente largas, es posible que en las nuevas crías aparezca también el resto de sus características: un cuello fuerte, la mirada baja, disposición para una carrera suave o continuada —una longitud de las patas que se corresponde con el cuerpo (en el husky) o lo sobrepasa (en el galgo)—. En cambio, los perros dados a correr (como el teckel) tienen las patas mucho más cortas en relación con el cuerpo. Asimismo, al seleccionar una determinada conducta se seleccionan inadvertidamente las que la acompañan. Si se crían perros muy sensibles al movimiento —que probablemente tengan excesiva abundancia de fotorreceptores en la retina— es posible que este rasgo también le confiera un temperamento nervioso. Quizá también que le cambie el aspecto, con ojos grandes y globulares para poder ver de noche. A veces ocurre que lo que se convierte en característica deseable en una raza es un rasgo que primero apareció de forma inadvertida.

Existen pruebas de la existencia de distintas razas de perro que datan nada menos que de hace cinco mil años. En los dibujos del antiguo Egipto aparecen como mínimo dos tipos de perro: uno parecido al mastín, de cabeza y cuerpo grandes, y otro delgado de cola enroscada.⁹ Es posible que los mastines fueran perros de guardia; los delgados parece que fueron perros de caza. Así empezó el diseño de perros con determinados fines —y así se siguió durante mucho tiempo—. En el siglo XVI se añadieron otros sabuesos, perros de caza, terriers y perros pastores. En el siglo XIX, aparecieron los clubes y concursos, y con ellos se multiplicaron los nombres y las razas.

Las diversas razas actuales probablemente surgieron de esa proliferación de crías de los últimos cuatrocientos años. El American

9. Sin embargo, no hay pruebas de que ninguna de las razas actuales descienda directamente de las originales. Las descripciones tanto del perro faraón como del podenco ibicenco los sitúan como las razas de perro «más antiguas», una tesis que parece avalar su parecido físico con los perros de las pinturas egipcias. Sin embargo, sus genomas revelan que aparecieron mucho más recientemente.

Kennel Club tiene hoy un listado de unas ciento cincuenta variedades, agrupadas según la supuesta¹⁰ ocupación de la raza. A los que nos acompañan a cazar los encuadramos en las categorías de «perro de caza», «sabuesos», «perros de trabajo» y «terriers»; luego están los «perros de arreo», los explícitamente «no de caza» y los «juguetes», tal vez el nombre más adecuado. Incluso hay divisiones entre los perros criados para participar en la caza, según el tipo de ayuda que proporcionan (los señaladores indican la presa; los cobradores la recogen; los lebreles afganos la agotan); según la presa que persiguen (los terriers son ratoneros y los lebreles van tras las liebres), y según el medio preferido (los sabuesos cazan en tierra; los spaniels se adentran en el agua). Y hay otros cientos de razas por todo el mundo. Las razas no varían únicamente por el uso que les damos, sino por su físico: por el tamaño del cuerpo, el de la cabeza, la forma de ésta, la del cuerpo, el tipo de cola, la clase de pelaje y su color. Quien busque un perro pura raza se encontrará con un listado similar al de las prestaciones de un coche, sobre cualquier aspecto del animal, desde las orejas hasta el temperamento de su futuro perrito. ¿Desea un perro de patas largas, pelo corto y papada? Quizás un gran danés. ¿Alguno de hocico más corto, piel con pliegues y cola enroscada? Ahí está el carlino. Elegir entre las distintas razas es como hacerlo entre distintos tipos de antropomorfismo. No nos llevamos sólo un perro, sino uno que puede ser típicamente «circunspecto, altanero, de entrecejo fruncido, formal y pretencioso» (un shar pei); «alegre y cariñoso» (un cocker spaniel inglés); «reservado y distante con los extraños» (un chow chow); tener una «personalidad divertida» (un terrier irlandés); mostrarse «sereno» (un boyero de Flandes); «que se dé mucha importancia» (un pequinés); «valiente, osado y hasta temerario» (un setter irlan-

10. El nombre de la ocupación es en gran medida teórico, pues sólo una minoría de los perros criados para trabajar hacen realmente las tareas de su raza (predominantemente cazar o servir de arreo). Los demás acaban siendo los compañeros que se nos sientan en el regazo, o a los que se adiestra, adorna y acicala para exponerlos en los espectáculos de «perros curiosos» —algo extraño, porque el premio de sacar de un charco un ave abatida muchas veces no es más que poder mordisquear, después de un buen baño, las sobras de nuestro sándwich.

dés); o, lo más sorprendente, «un perro que se deje querer» (un briard o pastor de Brie).

Es posible que los amantes de los perros se sorprendan al oír que el agrupamiento por razas basado en la semejanza genética no coincide con el del American Kennel Club. El cairn terrier se aproxima más al sabueso; el perro pastor y el mastín comparten gran parte de sus genomas respectivos. El genoma corrige muchas veces lo que se da por supuesto sobre las semejanzas entre perros y lobos: los huskies de pelo largo y cola en forma de hoz se parecen más al lobo que el pastor alemán, furtivo y con su voluminoso cuerpo. El basenji, pese a no tener prácticamente semejanza física alguna con el lobo, está aún más próximo a él. Es una señal más de que, en la mayor parte de su domesticación, el aspecto del perro fue un efecto secundario accidental de su cría.

Las razas caninas son poblaciones genéticas relativamente cercanas, lo que significa que el acervo genético de cada una de ellas no acepta genomas nuevos que le sean ajenas. Para ser miembro de una raza, los padres del perro deben también pertenecer a ella. De modo que cualquier cambio físico del hijo sólo puede proceder de mutaciones genéticas aleatorias, y no de la mezcla de diferentes patrimonios genéticos que se suele producir cuando los animales (incluidos los humanos) se aparean. Pero las mutaciones, variaciones y adiciones suelen ser buenas para las poblaciones, y ayudan a prevenir enfermedades hereditarias. Ésta es la razón de que los perros de pura raza, aunque procedan de lo que se considera una «buena reserva», es decir, se puede rastrear la ascendencia del perro a lo largo de su línea de cría, son más susceptibles a muchos trastornos físicos que los perros de razas mezcladas.

Una gran ventaja de un patrimonio genético cerrado es que se puede mapear el genoma de una raza, cosa que se ha hecho hace poco: el primero fue el del bóxer, que tiene unos diecinueve mil genes. El resultado ha sido que los científicos están empezando a explicar dónde se encuentran en el genoma las variaciones genéticas que se han traducido en rasgos y trastornos característicos, como la narcolepsia, la repentina y completa pérdida de conciencia a la que son susceptibles algunas razas (en especial los dóberman).

Otra virtud de un acervo genético cerrado de una raza de la que hablan los científicos es que, cuando la selección se hace de entre ese patrimonio, se tiene la sensación de que se obtiene un animal relativamente fiable. Se puede tomar un perro «afable con la familia» o uno que se anuncie como experto guardián de la casa. Pero no es tan sencillo: los perros, como nosotros mismos, son algo más que su genoma. Ningún animal se desarrolla en el vacío: los genes interactúan con el entorno para producir el perro que conocemos. Es difícil especificar la fórmula exacta: el genoma configura su desarrollo neuronal y físico, que a su vez determina parcialmente lo que se observará en el entorno —y todo lo que se observe pasa a configurar también el desarrollo neuronal y físico—. El resultado es que, incluso con los genes heredados, los perros no son simples copias calcadas de sus padres. Por encima de todo esto, hay también una gran variedad en el genoma. Aunque el lector se sintiera tentado de obtener una copia exacta de su querida mascota, ni siquiera el perro clonado sería idéntico al original: las experiencias que tiene y las personas y otros animales que conoce influyen en lo que llegaría a ser, en muchos sentidos y formas no siempre rastreables.

Así pues, aunque hemos intentado diseñar a los perros, los que hoy vemos son en parte criaturas de la afortunada casualidad, de los descubrimientos fortuitos. *¿De qué raza es?* es la pregunta que más veces me han hecho sobre Pump —y la que yo misma hago sobre los perros de los demás—. El carácter mestizo de mi perra estimula el divertido juego de adivinar su herencia: las sospechas resultantes son satisfactorias, aunque ninguna se pueda verificar.¹¹

11. Después de obtener el mapa del genoma es posible realizar análisis genéticos. Hay empresas que, a un determinado precio, supuestamente trazan el código genético de nuestro perro a partir de una muestra de sangre o un frotis de células de la mejilla y señalan todas las razas de sus ascendientes. Actualmente no se puede determinar la exactitud de estas pruebas.

La literatura sobre las razas caninas es abundante, pero nunca se ha hecho una comparación científica entre sus diferencias de conducta: una comparación en que se controle el entorno de cada uno de los animales, se les den a éstos los mismos objetos físicos, la misma exposición a perros y humanos, lo mismo de todo. Es difícil creer en las diferencias que se suelen atribuir a cada raza, ya que son unas osadas afirmaciones que se refieren a la forma de ser de todos los perros de cada una de ellas. Esto no significa decir que las diferencias sean mínimas o inexistentes. No hay duda de que los perros de las distintas razas se comportan de forma diferente cuando, por ejemplo, se encuentran con un conejo. Pero sería un error dar por sentado que un perro, sea de una determinada raza o no, inevitablemente se comportará de un cierto modo al ver el conejo. Es el mismo error que se comete cuando se decide que unas razas son «agresivas» y se legisla en su contra.¹²

Aunque no se sepan las diferencias entre la reacción del labrador retriever y la del pastor australiano ante el conejo, hay una cosa que puede explicar las variables de conducta entre las razas. Cada una tiene un distinto *nivel umbral* de percepción del estímulo y de reacción ante él. El mismo conejo, por ejemplo, provoca diferente grado de excitación en dos perros distintos; asimismo, una cantidad igual de la hormona que produce esta excitación causa distintos índices de respuesta, desde levantar la cabeza con escaso interés hasta toda una persecución.

Todo esto tiene una explicación genética. A pesar de que se diga

12. La *agresividad* es algo cultural e históricamente relativo. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, el pastor alemán encabezaba la lista de perros agresivos; en la última década del siglo pasado se desdeñaban los rottweiler y los dóberman; hoy la bestia negra es el terrier Staffordshire americano (conocido también como pitbull). Su clasificación tiene que ver más con los acontecimientos y la percepción pública actuales que con su naturaleza intrínseca. En investigaciones recientes se ha descubierto que, de todas las razas, el teckel es el más agresivo, tanto con su amo como con los extraños. Tal vez se hable menos de ello porque es muy fácil meter a ese perrito gruñón en una bolsa adecuada y llevarlo a donde se quiera.

que un perro es «cobrador» (*retriever*) o «pastor» (*shepherd*), no es por esta conducta de cobrar la caza o pastorear por la que se lo seleccionó. Fue escogido por la probabilidad de que reaccionara en la justa medida a los diversos sucesos y situaciones. Sin embargo, en este sentido no podemos apuntar a un gen exclusivo. Ningún gen desarrolla directamente una conducta de *cobrar* —ni cualquier otra conducta—. Pero es posible que un conjunto de genes afecten a la probabilidad de que un animal se comporte de una determinada manera. También en los humanos una diferencia genética entre los individuos se puede manifestar con una cierta propensión hacia unas conductas dadas. Uno puede ser más o menos susceptible a hacerse adicto a drogas estimulantes, debido en parte al estímulo que necesite el cerebro para producir un sentimiento agradable. Por eso se puede rastrear la conducta adictiva hasta los genes que diseñan el cerebro —pero no hay un gen de la *adicción*—. En este sentido, sin duda también es importante el entorno. Algunos genes regulan la manifestación de otros genes —cuya expresión puede depender de las características del medio—. Quien fuera criado completamente aislado, sin acceso a las drogas, nunca desarrollaría un problema de adicción, por muy propenso que fuera a ella.

De la misma manera, una raza de perro se puede distinguir de las demás por su propensión a reaccionar de una u otra forma ante determinados sucesos. Todos los perros ven levantarse aves delante de sí, pero sólo algunos son particularmente sensibles al pequeño y rápido movimiento de algo que inicia el vuelo. Su umbral de respuesta a este movimiento es mucho más bajo que el de los perros que no han sido criados para ser compañeros de caza. En comparación con los perros, nuestro umbral es aún más alto. Es evidente que los humanos podemos ver los pájaros que levantan el vuelo, pero es posible que ni siquiera los notemos cuando los tenemos justo ante nosotros. Los perros de caza no sólo notan el movimiento, sino que además esto está conectado con otra tendencia: perseguir a la presa que se mueve en esa dirección. Y, naturalmente, para que exista esta tendencia a perseguir a las aves uno debe tener a su alrededor aves o algo que se le parezca.

Del mismo modo, el perro pastor que se pasa la vida guiando

las ovejas posee claramente unas tendencias específicas: observar y controlar a los individuos de un grupo, detectar el movimiento extraño de la oveja que se aleja del rebaño, y un impulso de mantener el rebaño reunido. El resultado final es un perro pastor, pero esta conducta se compone de tendencias poco sistemáticas que los perros pastores dirigen a controlar las ovejas. También es necesario que el perro esté expuesto a las ovejas desde muy joven; de lo contrario, estas tendencias terminan por ser aplicadas no a las ovejas, sino de una forma desorganizada a los niños, a los que corren por el parque o a las ardillas de nuestros jardines.

Así pues, se dice que una raza de perros es *agresiva* cuando puede tener un umbral más bajo para percibir y reaccionar ante un movimiento peligroso. Si este umbral es demasiado bajo, es posible que un movimiento neutral —como el de aproximarse al perro— se perciba como una amenaza. Pero si no se estimula al perro para que siga esa tendencia, es muy probable que nunca manifieste esa agresividad por la que destaca su raza.

Conocer la raza del perro nos permite dar el primer paso para llegar a comprender algo sobre él, antes incluso de verlo. Pero es un error pensar que conocer la raza asegura que el perro se comportará como se anuncia; sólo supone que tiene determinadas tendencias. El perro de raza mixta tiene atenuados los rasgos más fuertes que se observan en los de raza pura. Los temperamentos son más complejos: versiones medias de sus antepasados de raza. En cualquier caso, decir que un perro es de una determinada raza no es más que un punto de partida para comprender de verdad su *Umwelt*, y no un punto final: no refleja lo que la vida del perro es *para el perro*.

ANIMALES ENTRE COMILLAS

Está nevando y empieza a anochecer, lo que significa que tenemos unos tres minutos para que yo me vista y salgamos a jugar al parque antes de que otros jueguistas empiecen a estorbar con la nieve. Fuera, bien abrigada, voy abriendo surcos en la ya gruesa capa de nieve y Pump

sale disparada dando brincos y dejando sus huellas de conejito gigante. Me dejo caer para perfilar con mi cuerpo en la nieve lo que se diría que es un ángel, y Pump hace lo propio, en su caso quizás un ángel canino, mientras se revuelca sobre el lomo de un costado a otro. La observo con toda alegría por ese juego que compartimos. Luego percibo un olor terrible que procede de donde ella se encuentra. En seguida me doy cuenta de lo que pasa: Pump no está haciendo un ángel de nieve; se está revolcando sobre el cadáver en descomposición de un animal pequeño.

Existe un debate entre quienes consideran que los perros en el fondo son animales salvajes y quienes los tienen por criaturas que hemos moldeado con nuestras propias manos. Los primeros suelen apelar a la conducta del lobo para explicar la del perro. A los actuales y populares adiestradores de perros se los admira porque coinciden con quienes están del lado lobuno del perro. Se suelen burlar de los del segundo grupo, que tratan a sus perros como babosas personas cuadrúpedas. Ni unos ni otros están en lo cierto. La respuesta está exactamente en medio de las dos posturas. Los perros son animales, claro está, con tendencias atávicas, pero detenerse aquí significa tener una visión a medias de la historia natural del perro. Este animal ha sido reconvertido con mucho acierto. Hoy es un animal entre comillas.

La inclinación a ver a los perros como animales más que como creaciones de nuestra psicología es esencialmente correcta. Para evitar la antropomorfización, algunos recurren a lo que podría llamarse una biología desconsiderada: una biología libre de subjetividad o de confusas ideas como la conciencia, las preferencias, el sentimiento o las experiencias personales. El perro no es más que un animal, dicen, y los animales no son más que unos sistemas biológicos cuya conducta y psicología se pueden explicar con una terminología simple y general. Hace poco vi salir de una tienda de mascotas a una mujer con su terrier, al que acababan de calzarle unos diminutos zapatos —para evitar que con los pies arrastrara a casa la porquería de la calle, explicaba la señora mientras tiraba de él, que, muy rígido, parecía ir patinando por aquella sucia calle—. Es posible que la mujer hubiera salido ganando de haber

pensado más en la naturaleza animal de su perro y menos en su parecido con cualquier peluche. En realidad, como veremos, captar algunas de las complejidades de los perros —la agudeza de su olfato, lo que pueden o no pueden ver, la pérdida del miedo y el sencillo cariño que demuestran al mover la cola— facilita muchísimo comprender al perro en su conjunto.

Por otro lado, y en muchos sentidos, decir que el perro es *sólo un animal* y explicar que todo su comportamiento nace de la conducta del lobo es una afirmación incompleta y engañosa. La clave por la que los perros consiguen vivir con nosotros en nuestra propia casa es el propio hecho de que no son lobos.

Por ejemplo, hace ya mucho que cayó en desuso la equivocada idea de que nuestros perros nos toman por su «manada». El lenguaje que se emplea con las «manadas» —el perro «alfa», el dominio, la sumisión— genera las imágenes más dominantes y omnipresentes de la familia que componen los humanos y los perros. Nace de donde nacieron los perros: los perros surgieron de unos antepasados lobos, y los lobos forman manadas. Por eso, se dice, los perros forman manadas. La aparente lógica de esta idea la desmienten ciertos atributos que *no* transferimos de los lobos a los perros: los lobos son cazadores, pero no dejamos que nuestros perros salgan a cazar para alimentarse.¹³ Con el perro nos sentimos seguros en la puerta de la guardería, en cambio nunca dejaríamos a un lobo solo en una habitación con nuestro bebé durmiendo, cuatro kilos de carne vulnerable.

Sin embargo, a muchos los seduce la analogía con una organización de dominación en manada —sobre todo aquella en la que

13. No sólo los perros no cazan habitualmente para alimentarse —se les incite o no—, sino que su técnica de caza es, como se ha dicho, «descuidada». El lobo se acerca a su presa despacio, con calma pero sin detenerse, sin ningún movimiento innecesario; el perro que no está adiestrado para la caza va dando saltos, avanzando y retrocediendo, acelerando y frenando. Y peor aún, los ruidos o la urgente necesidad de ponerse a jugar de repente con una hoja que cae de un árbol pueden hacer que se detenga y olvide la presa. El lobo demuestra en su forma de andar una intención. Los perros han perdido esta intención; se la hemos sustituido por nosotros mismos.

nosotros somos quienes dominamos y los perros quienes están sometidos—. Una vez aplicada, esta idea popular de manada se abre camino en todas las interacciones con nuestros perros: primero comemos nosotros, luego el perro; nosotros ordenamos, el perro obedece; nosotros paseamos el perro, no él a nosotros. Inseguros de cómo tratar a un animal que se entromete en nuestra vida, la idea de «manada» nos sirve de marco de referencia.

Lamentablemente, esta actitud no sólo reduce el tipo de comprensión y de interacción que podemos tener de los perros, sino que sienta una falsa premisa. Esta «manada» a que se hace referencia se parece muy poco a las auténticas manadas de lobos. El modelo habitual de manada era el de una jerarquía lineal, con una pareja alfa dominante y por debajo de ella varios lobos «beta», «gamma» u «omega», pero los actuales biólogos especialistas en lobos piensan que se trata de un modelo muy simplista. Se formó con la observación de lobos *cautivos*. Con poco espacio y pocos recursos, en espacios pequeños y cerrados, unos lobos sin ningún grado de parentesco se organizan a su manera, y el resultado es un poder jerárquico. Lo mismo podría ocurrir con cualquier especie que se confinara en un espacio reducido.

En su vida salvaje, las manadas de lobos están formadas casi por completo por animales emparentados o que se han apareado. Son *familias*, no grupos de iguales que compiten por hacerse con el mando. En una manada típica hay una pareja de cría y una o dos generaciones de sus descendientes. La manada se organiza con una conducta social y otra de caza. Sólo se aparean una pareja y los demás miembros de la manada, adultos o jóvenes, participan en la crianza de los cachorros. Los diferentes individuos cazan y comparten la comida; a veces, para presas grandes que uno solo no podría cazar, se juntan varios lobos para hacerse con ella. De vez en cuando, animales no emparentados se unen para formar una manada con múltiples parejas con quien aparearse, pero son casos excepcionales, probablemente motivados por la necesidad de adaptarse al medio. Algunos lobos nunca se integran en una manada.

La única pareja de cría —padres de la mayoría de los otros miembros de la manada— guía el curso y las conductas del grupo,

pero llamarlos «alfa» implica una competencia por ostentar el mando que no es exacta del todo. No son alfas dominantes más de lo que pueda serlo el padre o la madre en una familia de humanos. Asimismo, el estatus de subordinado del lobo joven tiene más que ver con la edad que con una jerarquía impuesta de forma estricta. Las conductas que se consideran «dominantes» o «sumisas» no se adoptan en una lucha por el poder, sino para mantener la unidad social. El rango no nace de una jerarquía, sino que es un signo de madurez. Normalmente se puede observar en las posturas expresivas de los animales cuando se saludan e interactúan entre ellos. El lobo joven que se acerca a otro mayor moviendo la cola, sin levantarla, y con el cuerpo casi rozando el suelo, está reconociendo la prioridad biológica del de mayor edad. Los cachorros se encuentran naturalmente en un nivel subordinado; en las manadas de familias mezcladas, los cachorros pueden heredar parte del estatus de sus padres. En algunos casos, se puede afianzar el rango o alcanzarlo mediante ataques y encuentros peligrosos entre miembros de la manada, pero la mayoría de las veces se trata más de una conducta agresiva que del intento de un intruso por escalar en el orden jerárquico. Los lobeznos aprenden cuál es su lugar más mediante la observación e interacción con sus compañeros de manada que porque de algún modo se los ponga en su sitio.

La realidad del comportamiento de la manada de lobos difiere manifiestamente de la de los perros en otros sentidos. Los perros domésticos normalmente no cazan. La mayoría de ellos nacen en la unidad familiar en la que van a vivir, cuyos miembros dominantes son los humanos. Los intentos de aparearse de las mascotas no tienen relación (afortunadamente) con los de sus humanos adoptivos —los de la supuesta pareja alfa—. Ni siquiera los perros asilvestrados —los que quizá nunca hayan convivido con una familia humana— suelen formar manadas sociales tradicionales, aunque puedan ir juntos.

Tampoco nosotros somos la manada del perro. Nuestras vidas son mucho más estables que las de una manada de lobos: el tamaño y la composición de la manada de lobos están en flujo permanente, cambian con las estaciones, con el número de crías, con los

lobos jóvenes que se hacen mayores y dejan atrás sus primeros años, y con las existencias de presas. Lo habitual es que los perros que adoptamos pasen toda la vida con nosotros; a nadie se le echa de casa en primavera, ni nadie se nos une en invierno para ir a la caza de un gran alce. Lo que sí parecen haber heredado los perros domésticos de los lobos es la sociabilidad de la manada: un interés por estar con los demás. En efecto, los perros son unos oportunistas sociales. Se adaptan a las acciones de los demás y, curiosamente, resulta que los humanos somos unos animales a los que es muy fácil adaptarse.

Recurrir al modelo simplista y desfasado de las manadas supone pasar por alto las auténticas diferencias que hay entre el comportamiento del perro y el del lobo, y olvidar algunas de las características más interesantes de las manadas de lobos. Para explicar por qué los perros atienden nuestras órdenes, nos respetan y nos consienten, es mejor recurrir al hecho de que somos su fuente de alimentación en lugar de apoyar la idea de que somos alfas. Es cierto que podemos hacer que los perros se sometan a nosotros por completo, pero esto tampoco es biológicamente necesario ni particularmente enriquecedor para ninguno de los dos. La analogía con la manada no hace más que reemplazar nuestros antropomorfismos por una especie de «bestiamorfismos», cuya alocada tesis parece ser algo así como: «los perros no son humanos; por consiguiente, los debemos ver exactamente como no humanos en todos los sentidos».

Los perros y nosotros nos parecemos más a una inofensiva pandilla que a una manada: una pandilla de dos (o tres, cuatro o más). Somos una familia. Compartimos costumbres, preferencias y casas; recorreremos los mismos trayectos y nos detenemos a saludar a los mismos perros. Si somos una pandilla, somos una pandilla alegre que no deja de mirarse el ombligo, sin más preocupación que la de mantenernos unidos. Nuestra pandilla funciona porque compartimos las principales premisas de nuestro comportamiento. Por ejemplo, aprobamos unas normas de conducta en casa. Acuerdo con mi familia que no se permite orinar en el salón en ninguna circunstancia. Es un acuerdo tácito, afortunadamente. Al perro hay que enseñarle esta norma de convivencia: ningún perro conoce el valor de

las alfombras. De hecho, éstas podrían considerarse un agradable lugar donde aliviar la vejiga.

Los adiestradores que aceptan la idea de manada extraen de ella el componente de «jerarquía» e ignoran el contexto social en el que surge. (Además, ignoran que aún nos queda mucho por conocer sobre la conducta del lobo en libertad, dada la dificultad de seguir de cerca a estos animales.) El educador de ideas lobunas dirá quizá que los humanos somos los líderes de la manada, responsables de la disciplina y del sometimiento de los demás. Estos amaestradores enseñan al perro mediante la aplicación de un castigo cuando, por ejemplo, se encuentran con el inevitable pis sobre la alfombra. El castigo puede ser un grito, obligar con fuerza al perro a oler su orina, una palabra fuerte o un brusco tirón de la correa. Es habitual llevar al perro a la escena del crimen para poner en práctica el castigo, una táctica especialmente equivocada.

Esta postura se aleja de lo que sabemos sobre la realidad de las manadas de lobos y se acerca a la idea obsoleta del reino animal con los humanos en la cúspide de la pirámide, ejerciendo el poder sobre los demás. Parece que los lobos aprenden los unos de los otros no mediante el mutuo castigo, sino a través de la observación mutua. También los perros son grandes observadores de nuestra forma de reaccionar. En lugar de mediante el castigo que *ellos* sufren, los perros aprenden mejor cuando se les deja que descubran por sí mismos qué conductas se recompensan y cuáles no conducen a ningún resultado. La relación con nuestro perro se define por lo que ocurre en esos momentos no deseados —por ejemplo, al regresar a casa y encontrarnos con un charco de pis en el suelo—. Castigar al perro por esta conducta —algo que tal vez se produjo unas horas antes—, con una táctica basada en el dominio, es una forma rápida de avanzar hacia una relación en que impere el maltrato. Cuando el adiestrador castiga al perro, es posible que la conducta problemática desaparezca temporalmente, pero la única relación que se crea es entre el educador y nuestro perro. (Será una conducta que durará muy poco si no existe un trabajo conjunto entre el adiestrador y nosotros.) El resultado será un perro mucho más sensible y posiblemente miedoso, no uno que entienda lo que quere-

mos enseñarle. Es mejor dejar que el perro utilice sus habilidades de observación. Ante una conducta no deseada dejamos de atenderlo y de darle de comer: no le damos nada que pueda desear. La buena conducta consigue todo esto y más. Es una parte integral de cómo el niño aprende a ser persona. Y así es como se genera la cohesión de la pandilla de humanos y perros.

CANIS UNFAMILIARIS

Por otro lado, entre lobos y perros no median más que unas decenas de miles de años de evolución. En nuestro caso, deberíamos remontarnos millones de años hasta llegar al momento en que nos separamos del chimpancé; y lógicamente no nos fijamos en el comportamiento de éste para educar a nuestros hijos.¹⁴ Los lobos y los perros comparten un 99,66 % de su ADN. De vez en cuando vemos en nuestras mascotas rasgos lobunos fugaces: el asomo de un gruñido cuando nos acercamos a quitarles una pelota de la boca; el juego violento en el que uno de los animales parece más presa que compañero de juego; cierta mirada salvaje en el perro que mordiaquea un hueso con ansia.

El orden de la mayor parte de nuestras interacciones con los perros choca con fuerza contra su lado atávico. Alguna que otra vez parece como si un gen ancestral y renegado dominara el producto domesticado de sus iguales. El perro que muerde a su amo, el que mata el gato de la familia, el que ataca al vecino... Hay que reconocer este imprevisible lado salvaje de los perros. Hace miles de años que estamos criando esta especie, pero antes de que nosotros interviniéramos estuvo evolucionando durante millones de años. Eran depredadores. Tienen las mandíbulas fuertes y unos dientes diseñados para desgarrar carne. Actúan sin detenerse a pensar en lo que van a hacer. Están prestos a proteger —a sí mismos,

14. A medida que surgen los estudios sobre los chimpancés, sorprende la cantidad de semejanzas conductuales entre ellos y los humanos (dejando a un lado la cultura y el lenguaje, de momento).

a sus familias, su territorio—, y no siempre podemos prever cuándo se impondrá este instinto de protección. Y no aceptan de forma automática las premisas compartidas por los humanos en una sociedad civilizada.

El resultado es que, la primera vez que el perro se nos escapa, se desmadra y se lanza frenéticamente tras algo que no logramos ver en unos arbustos, nos entra pánico. Con el tiempo, nos familiarizamos mutuamente: el perro, con lo que esperamos de él; nosotros, con lo que hace. Somos nosotros quienes decimos que *se desmadra*; para el perro es una continuación lógica de andar, y en su momento aprenderá qué es lo uno y lo otro. Tal vez nunca veamos eso que se esconde entre los arbustos, pero al cabo de unos cuantos paseos aprenderemos que en los arbustos se esconden cosas y que el perro regresará. Convivir con un perro es un proceso de familiarización mutua. Ni siquiera el mordisco del perro es algo uniforme. Hay mordiscos que son producto del miedo, de la contrariedad, del dolor o de la ansiedad. No es lo mismo un mordisco agresivo que un pequeño bocado de exploración; los mordiscos de los juegos no son los mismos que los que se emplean para limpiarse.

Pese a esos momentos en que aparece su lado salvaje, los perros nunca vuelven a ser lobos. Los perros callejeros —que vivieron con personas pero se han ido o han sido abandonados— y los sueltos —a quienes alimentan los humanos pero viven separados de ellos— no tienen más cualidades lobunas. La vida de los sueltos parece que se asemeje a la de quienes vivimos en las grandes ciudades: junto a los demás y con actitud cooperativa, pero muchas veces solitarios. No se organizan socialmente en manadas con una sola pareja de cría. No construyen guaridas para los cachorros ni les procuran comida, como hacen los lobos. Es posible que establezcan un orden social como hacen otros cánidos salvajes, pero es un orden basado en la edad, más que en la lucha y el conflicto. Tampoco cazan en cooperación: husmean o cazan presas pequeñas solos. La domesticación los ha cambiado.

Tampoco los lobos que han sido socializados —criados entre humanos desde su nacimiento— pasan a convertirse en perros. Tienen un comportamiento intermedio. Los lobos socializados se in-

teresan más por los humanos, les prestan más atención y siguen sus gestos comunicativos mejor que los que han nacido salvajes. Pero no son perros con piel de lobo. Los perros que se crían con un cuidador humano prefieren la compañía de éste a la de otras personas; los lobos no son tan selectivos. Superan con mucho a los lobos criados en cautividad en la interpretación de las señales de los humanos. Al ver un lobo atado a una correa, que se sienta y se tumba cuando así se le ordena, se podría pensar que hay poca diferencia entre el lobo socializado y el perro. Pero, cuando se ve ese mismo lobo delante de un conejo, se entiende la diferencia que aún sigue existiendo entre ellos: el lobo se olvida de la persona y se lanza a perseguir al conejo sin descanso. El perro que se encuentre cerca de ese mismo conejo puede esperar pacientemente, mirando a su amo, a la espera de que le permita correr. La compañía humana se ha convertido en el alimento motivador de los perros.

DARLE FORMA A NUESTRO PERRO

Cuando recogemos un perro de entre la basura o de algún refugio de animales que no dejan de aullar y nos lo llevamos a casa, empezamos a «darle forma al perro» de nuevo, siguiendo la lección resumida de la especie. Con cada interacción, día tras día definimos su mundo, que en cierto modo circunscribimos y a la vez ampliamos. En las primeras semanas de convivencia, el mundo del cachorro es, si no una completa tabla rasa, algo muy parecido a la experiencia «de una confusión radiante y sonora» del recién nacido. Ningún perro sabe, cuando fija los ojos por primera vez en la persona que lo observa en su jaula, qué espera de él esa persona. En este sentido, las expectativas de las personas son muy similares, al menos en Estados Unidos: cariño, lealtad y compañía, que el perro nos tenga por personas encantadoras y amorosas —pero que sepa que somos nosotros quienes mandamos; que no se haga pis dentro de casa; que no se abalance sobre las visitas; que no nos mordisquee los zapatos; que no hurgue en la basura—. Sea como fuere, parece que el perro no nace con la lección aprendida. Hay que enseñarle

este conjunto de normas para que pueda vivir con las personas. Con nosotros, el perro aprende qué tipo de cosas son importantes para nosotros —y que queremos que también lo sean para él—. También las personas estamos, todas, domesticadas: se nos han inculcado los hábitos de nuestra cultura, el modo de ser humanos, la forma de comportarnos con los demás. Una tarea que el lenguaje facilita, aunque para completarla con éxito no es necesario el lenguaje hablado. En cambio, debemos estar alerta a lo que el perro percibe y dejarle claro cuáles son nuestras percepciones.

En su prodigiosa *Historia natural*, Plinio el Viejo (siglo I d. C.) explica convencido el nacimiento de los osos. Los cachorros, dice «son un pedazo de carne informe, un poco mayor que los ratones, sin ojos ni pelo, y del que sólo sobresalen las zarpas. Poco a poco, las madres van dando forma con sus lametones a este montoncillo de carne». Cuando el oso nace, señala Plinio, no es más que pura materia indeterminada y, como una auténtica empirista, la madre *hace* a su osezno con su continuo lamer. Cuando nos trajimos a Pump a casa, tenía la sensación de estar haciendo lo mismo, de estarla lamiendo para darle forma (y no porque nos lamiéramos mucho mutuamente: ella era la única que lo hacía conmigo). Fue nuestra forma de actuar juntas la que la hizo como es, lo que hace como son a la mayoría de los perros con los que convivimos: interesados en nuestras idas y venidas, atentos a su amo, no demasiado indiscretos y juguetones sólo en su momento. Mi perra interpretaba el mundo al actuar sobre él, al ver actuar a los demás, cuando se le enseñaba y al actuar conmigo sobre el mundo —ascendida al rango de buen miembro de la familia—. Y cuanto más tiempo pasábamos juntas, más se hacía como realmente era y más ligábamos nuestras vidas.